

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.



A la Señora D.<sup>a</sup> Alejandra Vega de  
Redo en demostracion de la mas pro-  
funda gratitud por las palabras elo-  
quentisimas que le trajo de regreso  
expresivas sinceramente del cariño  
de aquellos correligionarios y  
compatriotas de la Nueva  
España y en recuerdo a  
su paso por Madrid donde  
tantas veces le viamos dejar  
sus gracias y sus talentos.

Emilio Castelar

---

¡Ha muerto Castelar! . . . . El amplio período triunfal del elocuente verbo español se ha apagado, con el último hálito de la vida, en los labios del excelso tribuno. Ya no sacudirá sus alas de águila sobre el Himalaya del humano pensamiento, ni arrullará con la voz de las tórtolas en el secreto de los sotos andaluces, á los pies del alicatado alcázar de Aladino. Porque Castelar, desde la cima cubierta con la inviolada nieve de la Idea, hasta el más recóndito germen de amor á su pueblo, á su raza y á su especie, recorrió como un río de las almas, reflejando en las ondas cristalinas de su espíritu toda la feérica grandeza de la civilización.

Los periódicos de México le han tributado el exaltado homenaje que el moderno Cicerón ha merecido, si bien algunos hayan lanzado sobre sus insepultos despojos—vieja costumbre romana—frases temerarias sobre sus errores, sus caídas, sus debilidades. ¡Talla deben medir esos escritores, para aquilatar la obra del luchador y del apóstol! ¡Y cómo deben de estar compenetrados en el íntimo detalle de la historia contemporánea de España, para tildar una vida como la vida de Castelar, en la hora supremamente dolorosa de su muerte!

Como nuestros reformadores, Castelar salió casi del breviario, no del silabario, armado caballero de la Libertad y del Progreso, para abatir las almenas de la ignorancia y la superstición, culminando con la República sobre *el trono secular de Recaredo*—¡oh! lira de Núñez de Arce: no enmudezcas!

Errores! Caídas! Debilidades! ¿A dónde están los hombres de una sola pieza? ¿Quién entre nosotros conoce la trama sutil de la vida política española, rezagada ante Castelar más de un siglo? A la lejanía, la acción más patriótica puede antojarse error; la abnegación más sublime, caída; el acto de voluntad más heroico, debilidad. ¡No! *La Revista Moderna* se inclina religiosamente ante el féretro de ese ilustre desaparecido. Toda la América Española le admirará y le amará mientras la América Española exista . . . . ¡y ELLA EXISTIRÁ!

En los funerales que han conmovido en estos días al pueblo ibero, y al mundo civilizado también, sólo faltó la República irguiéndose sobre el cadáver de Castelar, alzado en hombros de su pueblo, como una definitiva glorificación!

---

## FRAGMENTO DE UN DISCURSO DE EMILIO CASTELAR.

«Yo no puedo cooperar activamente al Gobierno de una monarquía democrática, por lo que tiene de monarquía; yo no puedo combatir al Gobierno de una monarquía democrática, por lo que tiene de democracia. Yo, nunca, jamás, antes me arrancaré la lengua, lo juré en la madrugada del 3 de Enero, yo nunca combatiré á ningún gobierno liberal y mucho menos á ningún gobierno democrático. ¡Ah, señores! Yo concluiré mi vida por donde la he comenzado. Cuando era joven, yo enseñaba oralmente, de palabra, en mi cátedra, el amor patrio á hombres tan ilustres como el señor Moret, como el señor Gamazo, como el señor Duque de Veragua, como el señor Marqués de Sardoal. Que se levanten todos, y que digan sí, reunidos allí, no formábamos de nuestra España una especie de divinidad, y no nos prosternábamos todos los días en su presencia. Pero ya no puedo hacer esto oralmente, porque la oratoria es un arte de jóvenes y no es un arte de viejos; la oratoria necesita fuerzas que aún tengo, pero que se me acabarán muy pronto. Yo me dedicaré á escribir la historia nacional, si vosotros dais la liber-

tad con la democracia. Y á medida que mi sangre se hiele, que mis ojos se extingan, que mi voz se apague; aquel comercio con los héroes que han hecho de sus huesos este suelo, con los mártires que han de sus sacrificios henchido estos aires, con los pensadores y los poetas que han puesto tantas ideas é inspiraciones en este cielo, como estrellas y luz pusiera Dios, acaso me rejuvenezca y me quede tiempo, no sólo para cantar aquella epopeya, en cuya virtud nuestra España, rota en Guadalete y refugiada en Covadonga, descendió de allí para engarzar los mares como esmeraldas en sus sandalias y los soles como diamantes en su corona, sino para contar esta grandiosa transformación en que las instituciones faraónicas se han hundido y ha llegado la libertad; y entonces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepulcro honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis labios fríos la tierra nacional, y pueda pedirle su grandeza para mi pequeñez, y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.»

## BALADA DE LOS OJOS.

En el minueto, entre las blondas  
Miré lucir tu talón rojo....  
Ah! la sonata de Scarlatti  
Que celebró tus dulces ojos!

Un pabellón allá en Versalles  
Y en el marfil del clavicordio,  
Tú, con rondós y madrigales,  
Rimando el duo de tus ojos!

Allá en el Parque de los Ciervos  
De egregios árboles sonoros  
Brillando una alba entre tus labios  
Y un sol poniente entre tus ojos....

Grana y marfil en tu sonrisa,  
En tu abanico nácar y oro,  
Satín y encajes en tus batas,  
Y astros y sombras en tus ojos.

Watteau, Boucher, Fragonard, Greuze,  
Con su pincel galante todos,  
Copiaron rosas en tus risas  
Y azules lirios en tus ojos!

La Pompadour te dió sus trajes,  
Lenôtre las fuentes y los kioskos  
Del parque obscuro en que lucieron  
Como luciérnagas tus ojos....

¡Ah, la marmórea lechería,  
Y los boscajes penumbrosos,

Y aquella noche en que postrado  
Miré los astros en tus ojos....!

Desalterando mis amores  
Bebí con besos silenciosos,  
Zumo de guindas en tus labios....  
Gotas de luna entre tus ojos....

\* \* \*

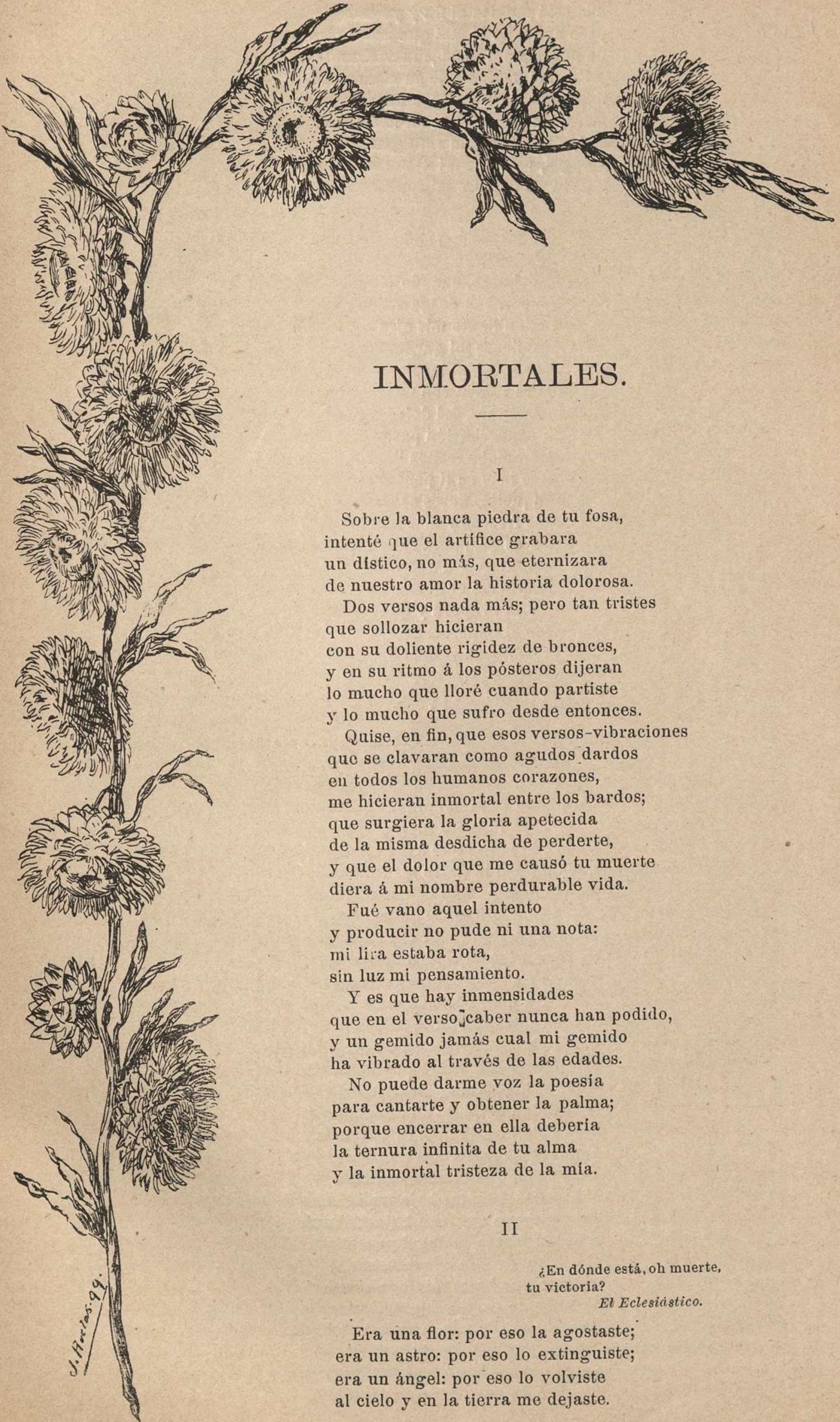
Luego la roja guillotina  
Sobre tu cuello y el tesoro  
De tu albo seno ensangrentado,  
Y el velo turbio de tus ojos!

Luego Sansón crispó su mano  
Sobre tus blondos rizos de oro  
Y tus dos párpados cayeron  
Como el sudario de tus ojos!

ENVÍO.

Blanca princesa, azul pastora!  
Nuestros amores suntüosos  
En el Trianón de los recuerdos,  
En el Versalles misterioso,  
No han muerto aún; aunque tu cuello  
Corte el verdugo y alce torvo  
Sobre el azul, como un trofeo,  
Tu testa real de nieve y oro....  
Pues sobre el hacha y el cadalso  
Sobre la muerte y sobre el rojo  
Sangriento abismo en que caíste  
Brilla la gloria de tus ojos!

JOSÉ JUAN TABLADA.



## INMORTALES.

### I

Sobre la blanca piedra de tu fosa,  
 intenté que el artífice grabara  
 un dístico, no más, que eternizara  
 de nuestro amor la historia dolorosa.

Dos versos nada más; pero tan tristes  
 que sollozar hicieran  
 con su doliente rigidez de bronce,  
 y en su ritmo á los pósteros dijeran  
 lo mucho que lloré cuando partiste  
 y lo mucho que sufro desde entonces.

Quise, en fin, que esos versos-vibraciones  
 que se clavarán como agudos dardos  
 en todos los humanos corazones,  
 me hicieran inmortal entre los bardos;  
 que surgiera la gloria apetecida  
 de la misma desdicha de perderte,  
 y que el dolor que me causó tu muerte  
 diera á mi nombre perdurable vida.

Fué vano aquel intento  
 y producir no pude ni una nota:  
 mi lira estaba rota,  
 sin luz mi pensamiento.

Y es que hay inmensidades  
 que en el verso ¿caber nunca han podido,  
 y un gemido jamás cual mi gemido  
 ha vibrado al través de las edades.

No puede darme voz la poesía  
 para cantarte y obtener la palma;  
 porque encerrar en ella debería  
 la ternura infinita de tu alma  
 y la inmortal tristeza de la mía.

### II

¿En dónde está, oh muerte,  
 tu victoria?

*El Eclesiástico.*

Era una flor: por eso la agostaste;  
 era un astro: por eso lo extinguiste;  
 era un ángel: por eso lo volviste  
 al cielo y en la tierra me dejaste.

Ya tu obra nefanda consumaste:  
 ella está muerta al fin y yo estoy triste;  
 pero con todo el mal que nos hiciste,  
 de nuestro amor, ¡oh, muerte! no triunfaste.

Flor, el perfume de su alma pura  
 impregna para siempre mi existencia;  
 astro, las sombras de mi noche oscura  
 disipa con perenne refulgencia;  
 y ángel, vela por mí desde la altura  
 y guía y fortalece mi conciencia.

## III

Primero, cuando el dolor  
 mi corazón desgarraba,  
 tenían llanto mis ojos  
 y sollozos mi garganta,  
 y se secaban las flores  
 de tu tumba con mis lágrimas.

Después, del dolor agudo  
 la exacerbación pasada,  
 derramaba menos llanto,  
 pero más en ti pensaba,  
 y aquellas flores se abrían  
 más frescas y más lozanas.

Y es que, para tu recuerdo,  
 mi muertecita adorada,  
 no quieres el homenaje  
 que se evapora y que pasa,  
 sino el imperecedero,  
 el inmortal: el del alma.

## IV

....to sleep.... per chance  
 to dream....  
*Shakespeare.*

Cuando pasa del día la incesante,  
 la fatigosa brega,  
 y hace la noche que á las almas baje  
 la calma y á la tierra las tinieblas;  
 así como se puebla el firmamento  
 de nitidas estrellas,  
 en el solaz reparador del sueño,  
 de recuerdos mi espíritu se puebla;  
 y como en todos ellos apareces,  
 tú, mi adorada muerta,  
 surge tu imagen pura, indeficiente,  
 y de todo mi sér se enseñorea.

Entonces desaparecen de tal modo  
 la sombra y la tristeza,  
 la realidad cruel de mi abandono,  
 la realidad terrible de tu ausencia,  
 que juntos recorreremos los lugares  
 en que estabas contenta,  
 nos vamos á sentar bajo los árboles  
 que agitaban ayer sus hojas trémulas  
 sobre tu frente de ángel pensativo,  
 y oyeron mis ternezas,  
 y siento que hasta mí llega el suavísimo  
 perfume de tus flores predilectas.  
 Por eso, amada mía, amo las noches....  
 ¡hasta la noche eterna!  
 por eso dormir quiero desde entonces  
 el sueño de que nunca se despierta.

La incógnita cruel de la otra vida  
 no turba mi conciencia;  
 porque en el fondo de la tumba fría  
 yo creo que se duerme y que se sueña.  
 Soñar! esa es mi única esperanza  
 y será la postrera:  
 un sueño interminable, ante mi alma  
 hará también eterna tu presencia!

## V

Envuelve una tristísima penumbra  
 todos mis pensamientos,  
 como la que, á la hora del crepúsculo,  
 envuelve los objetos.  
 No es la dantesca obscuridad á donde  
 no llega ni un reflejo:  
 es noche que comienza lentamente  
 á descorrer sus velos,  
 pero que ha de acabar por sepultarme  
 en el profundo abismo de lo negro.  
 ¿Sabes por dónde ha entrado esa penumbra  
 á mi pobre cerebro,  
 y por qué no podrá, cual no ha podido,  
 desvanecerla el tiempo?  
 Entró por mis pupilas, alma mía,  
 entró en aquel momento  
 en que, cuando la muerte te arrancaba  
 el suspiro postrero,  
 fijaste en mí los ojos, para darme  
 con la última mirada adios eterno.  
 Siempre me será cara esa penumbra,  
 que es un triste recuerdo  
 de tu postrer instante, y que del mío  
 es un seguro présago.  
 Viene de tí! . . . que mi existencia inútil  
 siga entenebreciendo;  
 que me hunda al fin en la profunda noche  
 en que te hundiste, y luego,  
 si la luz brilla, brille para ambos,  
 ó los dos en la sombra descansemos!

## VI

Bajé al rincón más profundo  
 de mi corazón incrédulo,  
 y con sorpresa indecible  
 lo hallé convertido en templo;  
 templo que es, como todos,  
 obra de dos arquitectos:  
 del Dolor, que es inmortal,  
 y del Amor, que es eterno.  
 Como una gruta encantada  
 formó su altar el primero,  
 cuajando en estalactitas  
 las lágrimas que vertieron  
 mis ojos cuando partiste  
 para retornar al cielo;  
 y el Amor puso tu imagen,  
 de aquel altar en el centro,  
 viva, con la intensa vida  
 de una virgen del Correggio.  
 En ese altar se celebra  
 el oficio del recuerdo,  
 día y noche, sin cesar,

y por las naves del templo  
vaga, aromándolo todo,  
mi tristeza, como incienso.

Una vez más de la tumba  
el insondable misterio,  
ligó con lazo de luz  
lo efímero con lo eterno;  
porque al dejarme en el mundo,  
como último consuelo,  
le diste una religión  
á mi corazón incrédulo.

MANUEL PUGA Y ACAL.

1898-1899.



## OREMUS.

El mundo es horroroso. Las montañas rebajan lentamente sus altas cumbres para rellenar los hondos valles con los fragmentos disgregados de sus rocas, rotas por el frío y arrastradas por las lluvias. Los mares hacen sin cesar lodo á los pies empolvados de los continentes. Los bosques se cubren de nuevos brotos para arrojar después sus hojas lívidas al viento que las hace trotar por los senderos, donde se pulverizan bajo los pies de los animales. Los animales atizan la vida con su vida. Y el más animal de los animales, el hombre, con los nervios siempre tirantes, en busca de notas nuevas, siente que se le rompen, al encontrarlas, como cuerdas de la lira de la muerte pulsada por la mano de la vida. El amor canta y triunfa para morir de su oculto veneno. El pensamiento se devora á sí mismo como en el fenómeno de las interferencias, luz y más luz producen la obscuridad. . . . ¡Y esto pedías al morirte, pobre Goethe! ¡Oh! humanidad, víctima aleatoria, de rodillas tiende los brazos al cielo, pidiendo agua para calmar tu sed inagotable de ciencia y de amor. No hay quien escuche.

\* \*

El Universo es horroroso. El infinito es negro. Los soles lanzan de su seno, quemándose en su propio fuego, luz que al atravesar el vacío eterno, imposible de producirse en la tierra, es oscura

porque desaparece, á la manera de esos ríos que se hunden en cauce subterráneo para ir á brotar lejos, muy lejos, en corriente que parece nueva. El tiempo con el mismo, constante ritmo, lánguido y abrumador—como nuestros melancólicos cantos americanos de perpetuo y triste *ritornello*—en la armonía inmutable del movimiento que fingese, por antítesis, petrificado. Y en otros mundos desconocidos á izquierda, á derecha, al frente, á nuestras espaldas, sobre nuestras cabezas, bajo nuestras plantas ¿qué humanidades gimen y de rodillas tienden los brazos al espacio inmenso, quizás hacia este planeta de los dolientes, pidiendo agua para apagar su sed inagotable de ciencia y de amor? ¡Ah! Consolaos, humanidades no conocidas, pero no imposibles: el dolor palpita sangrando en todo el Universo. No hay quien escuche.

\* \*

El caos era inmenso. Muchos infinitos en procesión de enlutados por ya esperado duelo, tal vez. Pero no era horroroso! Qué integración aquella del caos. Océano negro, muy negro, sin orillas, sin fondo, sin superficie, homogéneo con la más perfecta homogeneidad, absoluto, inmóvil como estupefacto de sí mismo. Allí estaba Dios fundido en su propio sér, dormido en sueño sin principio y sin fin. ¿Cómo fué? . . . . . Empezó á agitarse en su sueño profundísimo como quien desentume suavemen-



te sus miembros bajo las mantas del lecho. No había tenido conciencia de su sér hasta aquel instante siniestro. Buscó un recuerdo en su pensamiento, mónada que nacía. No lo halló. Pero sí halló aspiraciones sin forma en el esbozo esfumado de su sér que comenzaba. Y luego entre esas aspiraciones una que crecía, crecía y crecía, más que todas las otras. ¡Entonces fué! Y aquella aspiración se removió en el caos y se hizo alma, pero alma de suicida, que busca el sér en el no sér, la vida en la muerte. Y Dios se incorporó.

\*  
\*\*

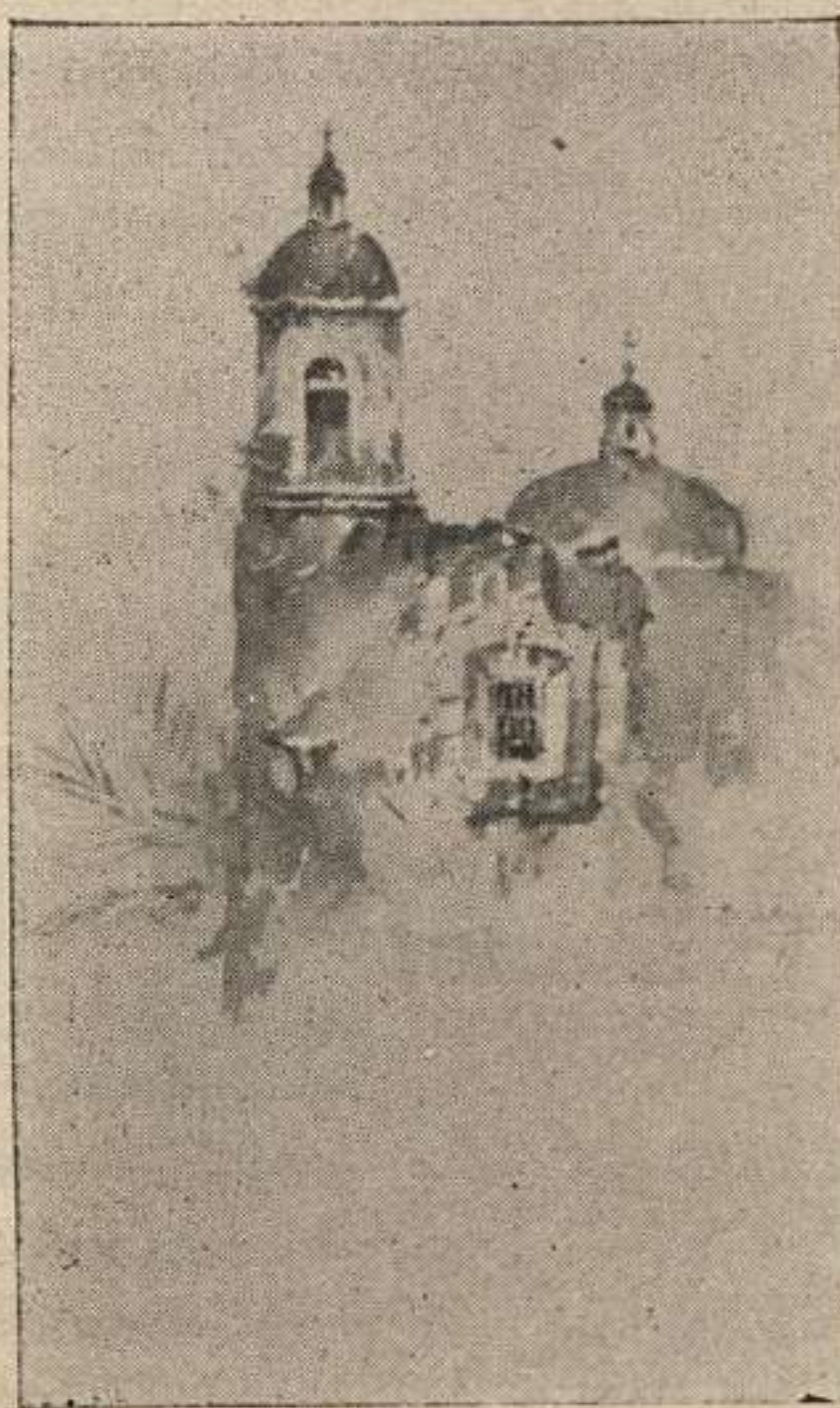
Entonces. . . . . las aguas se precipitaron diluviosamente por el seno del caos agrietado y sacudido por huracanes enloquecidos y abrasado por fuego vivísimo, repentinamente encendido, que llevaba gigantescas moles de agua al estado esferoidal y las vaporizaba en enormes corrientes. Toda aquella masa íntegra, única, absoluta, se diferenciaba con horrible diferenciación. La relatividad comenzó y esa fué la catástrofe. Los soles se encendían. Los cometas pasaban como espadas enormes cortando las brumas espesísimas. Los mundos giraban sobre sí mismos y alrededor de los soles. Y Dios oyó, vió, sintió, pensó; y quiso huir y huye, escuchando la voz del Universo, atronadora como el ciclón, que le grita dentro y fuera de El mismo: ¿qué has hecho de tu hermano? Y del miedo de Dios nació la Muerte. Y de una partícula infinitesimal de ese miedo, se hicieron las almas de la humanidad, que buyen en los mundos habitados. . . . . Y El huye, sigue huyendo del cadáver en descomposición del caos. Huye, huye y huye, por en-

tre los miembros destrozados de ese muerto colosal; por entre los soles, los cometas, los planetas, los dobles y triples y múltiples anillos, los satélites, los asteroides, los bólidos, las nubes, las moléculas, los átomos, en fin, separados por intersticios inconcebibles y también en movimiento continuo de rotación y de traslación, como los astros. Penetrando y compenetrando por todos los cuerpos, infinitamente grandes é infinitamente pequeños. En todo y por todo lugar. Y huye, huye fugitivo de su obra, fugitivo de sí mismo, como el condenado bíblico que le negara á Jesucristo un vaso de agua con que apagar su sed el día del dolor supremo en Jerusalem. ¿Y ahora? . . . . . La impotencia se arroja. Oremus.

\*  
\*\*

Y desperté. Estaba sobre mi cama, de rodillas, trémulo, bañado en frío sudor, con las manos juntas, balbutiendo la oración que de niño me hacía repetir más frecuentemente mi pobre madre. La luz primera del amanecer entraba por la abierta ventana de mi cuarto de hotel, frente al mar, en Veracruz. El día anterior había terminado en calma profunda. El golfo parecía, al morir la tarde, una bruñida lámina de metal. Al fulgor plomizo del nuevo día vi el mar como queriendo huir del látigo frenético del Norte que bramaba en las vorágines de agua, bajándola y subiéndola á mis ojos como si quisiera unir la tierra con el cielo. ¡Cuántos infelices habrá á merced de estos siniestros monstruos en lucha! pensé. Y cerrando apresuradamente mi ventana ¡Oremus! repetí. Y la verdad, oré, y oré bien, como lo hacía cuando era niño, delante de mi madre! . . . . .

JESÚS E. VALENZUELA,



DE RAMOS MARTINEZ.

## HACIA OTRA ESPAÑA.

(FRAGMENTO)

Del mismo modo que no existe un partido político que arrastre en pos de sí á la multitud, no hay un literato de renombre que acierte á hablar al alma de los españoles contemporáneos. Legajos medioevales han ahogado á Menéndez Pelayo; las imágenes históricas han desorientado á Castelar; Sellés apenas escribe, Gaspar tampoco, ni Palacio Valdés, Pereda se encastilla en el verdor de las montañas, sin advertir que sus tipos van desapareciendo á medida que la piqueta del minero allana la comarca; la señora Pardo Bazán, requerida al mismo tiempo por sus lecturas naturalistas y por sus creencias ortodoxas, no sabe con quién ir; Ganivet ha muerto cuando más lo necesitábamos. Benavente murmura deliciosos *requiescat* ante las "figulinas" que Madrid exhibe en su bohemia política y en su aristocracia agonizante, pero no vislumbra la nueva España que se está incubando; Dicenta, colocado por un capricho de su genial instinto, en el punto donde acaba el concepto calderoniano del amor y de la honra y comienzan las positivas luchas de estos días, no atina con el modo de desprenderse de la corcova romántica.

Sólo un escritor, Pérez Galdós, ha desentrañado del burbujeo de los gérmenes la España capitalista que se nos echa encima. En su libro *Mendizábal*, abundan los brochazos en que los ojos del novelista más se han fijado en la Patria de hoy, que en la de nuestros abuelos. Para mal de todos llega Galdós á la epopeya nueva—la industrialización del suelo—después de haber invertido largos años en el cultivo de la historia, en los amores de la libertad, en el ansia de verdad naturalista y en el neomisticismo. . . . y llega sin calor,—no tan sólo sin calor de corazón, que es lo de menos—sin calor de pensamiento,—que es lo trascendental.

Toda esa literatura parece un canto funeral. . . . ¿Y cómo van á cantar esos literatos la nueva España, si esta es la máquina, el dinamo, la empresa por acciones, el combate económico, sañudo é implacable, y las ideas que de este mundo tienen son reflejas, librescas, no personales ni directas?

Si de alguna parte puede venir la renovación literaria será de allende el Ebro. En cabezas como la de Unamuno caben los embriones de un centenar de literaturas y filosofías nuevas. La lucha entre el temperamento místico y el hábito del análisis lógico; la pugna entre el hombre y el intelectual; la resistencia de aquel á ser por éste devorado y su derrota inevitable, puesta de manifiesto por el trabajo sostenido de la célula nerviosa y el amortiguamiento de los restantes órganos; la concepción amplísima del dinamismo económico y el culto de la muerte y de la estepa sin verdura. . . . todo se encuentra en ese bilbaino colosal, aunque atropellado, confundido, sin valor eficiente.

Quizás muera Unamuno,—y eso que es joven—sin alcanzar en vida el puesto que merece. Yo espero que su temperamento místico y sus tristezas de hombre lleguen á sepultarse bajo el intelectual. Si así sucede, si sabe aprovecharse de sus dolores convirtiéndolos en el placer de crear, haciendo del sufrimiento y de la muerte afirmación airosa de la vida, brotarán de su pluma los Evangelios de la Patria nueva. Si vence el místico y el triste y no quedan de Unamuno más que los trabajos anfibológicos, contradictorios y oscuros que hoy se conocen, así todo dejará un arsenal de ideas, de las que ha de apropiarse una generación de literatos, que puedan vivirlas por ser hijos del mismo cielo que el sabio profesor.

Otro tanto debo decir de ese lucido alarde literario que muestra orgullosa la Cataluña de hoy. Hay en el Ateneo barcelonés, en la joven revista *Catalonia*, en el catalanismo clásico de Barcelona y de Mallorca, toda una pléyade de talentos de primera fila—y no he de citar nombres, porque saldrían de mi pluma á centenares,—que han tomado la literatura en serio. Acaso pueda reprochárseles el "dilettantismo" con que siguen las oscilaciones de las Bolsas literarias extranjeras. De todos modos, en Cataluña la gente moza piensa como la época en que vive—cosa que en Madrid no ocurre,—en parte, porque se educa en las lecturas nuevas, pero, principalmente, porque vive la vida de nuestro tiempo.

Y siendo esto así, ¿van á seguir obscureciéndose los literatos vasco-catalanes, sumidos en un rincón? Si se hallan dotados, por su nacimiento, de cuantas condiciones facilitan el triunfo, ¿por qué no han de afrontar la lucha en campo abierto?

Existe una empresa por realizar que debe sonreírles y tentarles. Por viejos, por rutinarios, por clásicos, han perdido los literatos españoles el mercado de América. Aún se conserva para España el público de abajo, el que asiste á los teatros. El público de libros se surte en París. La reconquista de este público pueden realizarla mejor que nadie, los catalanes y los vascongados, por el moderno ambiente en que respiran. . . . ¡A la obra! . . . Mas no será desempolvando marmotretos de los heroicos tiempos de Roger de Flor ó de Don Diego López de Haro como pueda realizarse, sino apropiándose, para ropaje de sus ideas, la majestuosa sonoridad de los escritores castellanos y el fascinador colorido de los prosistas andaluces.

Y no los literatos solamente, sino todos cuantos sientan en su espíritu fuerzas expansivas, están interesados en mostrarlas, no encerrándose en su concha como los moluscos, sino apereciéndose á la conquista de Madrid.

RAMIRO DE MAEZTU.

## DESPUES DE UN WALS.

---

Tras de la seda roja del abanico leve  
 Donde sus crisantemas desparramó el Japón,  
 Entreabre el encanto de su corola breve  
 Tus labios, como ardientes flores de tentación.

---

Como una luz de oro tu cabellera llueve  
 Sobre el marmóreo seno con viva irradiación,  
 Tras de la seda roja del abanico leve  
 Donde sus crisantemas desparramó el Japón.

---

Y así, al vaivén del ala que rítmica se mueve,  
 Ya velas de tus ojos la azul fascinación,  
 Ya asoma como un alba tu faz de rosa y nieve  
 Tras de la seda roja del abanico leve  
 Donde sus crisantemas desparramó el Japón.

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

---

## RUBEN DARIO.

---

En arte caben todas las escuelas y  
 todas las tendencias. No hay ni *veristas*  
 ni *idealistas*. Hay autores que escriben  
 bien y otros que escriben mal. He ahí  
 todo.

LORENZO STECCHETTI.

Rubén Darío, es el poeta de los versos de colores, el enamorado de las hadas, el *visionario* del empireo azul, el cantor del símbolo, de la leyenda y de la fábula, con sus ninfas, sus faunos y sus sátiros, y el americano más *griego* en la expresión insuperable de sus formas aristocráticas.

Sus cuentos,—caprichosos y radiantes como su nombre,—tienen la exquisita florescencia tropical, la nítida blancura de una estatua marmórea, la tersa brillantez de una coraza antigua, la movilidad de la onda y la transparencia del cristal.<sup>1</sup>

Sus períodos de prosa resuenan con la sonoridad soberbia de una estrofa; y sus estrofas remedan los ecos de una romanza acariciadora que baja de lo alto, entre acordes de melodía divina, «en medio de la solemne tranquilidad nocturna!»

\* \* \*

Muchos años atrás,—cuando de la América Central llegaban los ecos de su lira,—en el círculo intelectual de esta metrópoli, despertó un rumor de

aplausos que repetía á porfía la alabanza continental. Recuerdo que fui de los primeros en celebrar la aparición de su canto *A las glorias de Chile*, y el lector curioso podrá ver las colecciones de *El Nacional*, al lado de apreciaciones puramente mías sobre su índole poética, la casi total reproducción de sus cuentos, incluso la célebre *Canción del Oro*, que levantó en América un grito de admiración.

Estábamos acostumbrados á la prosa serena, erudita, de vuelo amplio de Mitre; á la nerviosa, racionalista y filosófica de López; á la brillante, artística y profunda de Alberdi; á la melancólica, sentida y triste de Jorge Isaacs; á la mordaz, turbulenta y arrebatadora de Sarmiento; pero no conocíamos esos giros extraños del lenguaje, esos tejidos de nubes y rayos de sol,—que adquieren á veces la vaguedad temblorosa de las imágenes espectrales,—sinó al través de los arabescos de Flaubert y de Goncourt, escritos en lengua extraña y en países no menos extraños.

Rubén Darío, fué, pues, una doble sorpresa; hasta se dudó de que existiese en América tal escritor; y la sorpresa y la duda continuaban todavía royendo el espíritu, cuando el afortunado robador del

<sup>1</sup> Véase *La Ninfa*, *El Rubí*, *El Sátiro Sordo*, *El pájaro azul*, y *El velo de la Reina Mab*.

fuego sagrado tomaba ya por asalto el camino de la gloria, «en medio de las violentas batallas del arte contemporáneo.»

Las dudas sobre su nombre de pila y sobre su existencia real, no tienen ya razón de ser. A esta hora se han desvanecido totalmente, pues el primoroso prosador de Nicaragua, vive en Buenos Aires; pero, si la verdad no se discute, confesemos que él es una *planta exótica* en este hemisferio, en el que no ha tenido ascendientes y no sería aventurado predecir que no tendrá sucesores.

Y para dar mayor fuerza á esta afirmación y á este pronóstico, remontémonos hasta el origen mismo de las letras americanas.

\*  
\* \*

El escudriñador audaz hallará un Olmedo, que hace resonar la trompa épica en las quebradas ecuatorianas y alza á Bolívar en soberbia panegiría; un Andrade, que se hunde en la antigua fábula y reconstruye el mito ariano sobre la idea moderna, presentándonos la ensangrentada faz de Prometeo con un poder de evocación fulgurante y desconocido; un Mármol, «que ha pedido sus acentos al huracán, al mar, al Tequendama y á la catarata de truenos de las tormentas americanas,» y que, sentado en el trono de Júpiter,—según la bella expresión de Altamirano,—«fulmina á Rosas, con el rayo vengador de los profetas iracundos de Israel;» un Juan de Dios Peza, que «crea la poesía del hogar y de las candideces divinas de la infancia;» un Carlos Guido, que ha puesto la forma antigua al servicio de las ideas nuevas y de la humanidad batalladora; un Matías Behety, el misántropo bohemio, que surgió en la sombra, brilló un instante á la manera de esas luciérnagas que cruzan el espacio, y desapareció en la noche siniestra como Edgard Poe; pero no hallará el poeta de prosa escultural y verso bruñido, caprichoso, ondulado, lleno de filigranas sutiles y colores íricos; sensual y místico á la vez por extraña amalgama cerebral, que ha sabido fundir las auroras tenues y los crepúsculos sombríos, recoger el suspiro de la brisa, el gorjeo del ruiseñor enamorado, la música de las selvas tropicales y á veces también el sordo rumor de la tempestad.

Los modernos simbolistas franceses tendrán más facilidad nativa, más chispa espontánea, mayor novedad, erudición y gracia en el decir,—propias del centro intelectual en que ellos aparecieron;—pero, no siempre el colorido apropiado, la proporción casi matemática entre uno y otro período, la igualdad de entonación castigada donde todo es concluido, limado, pulido, abillantado, donde no se ve un solo brochazo chocante ó hiriente, sino la combinación de la plena luz con el matiz sombrío que es la piedra de toque de los vigorosos coloristas de la paleta, y el secreto donde los poetas patentados que han conseguido legar á la posteridad las eternas vibraciones de su lira.

\*  
\* \*

Su estilo, primoroso y terso cual lámina de bronce, tiene el poder de despertar infinitas sensaciones

y de evocar recuerdos infinitos: sentimental, de sencillez homérica, cuando arrulla la eterna canción de la esperanza; se torna sombrío y tétrico, con fulguraciones de relámpagos si los negros nubarrones de la derrota empañan el sol en la batalla, y entonces murmura la elegía espantosa de la muerte; ya sereno, radiante, escultórico, en la descripción de la naturaleza viva, ya rápido y acre «como insulto enconado» en la cólera fulminante, ya «pujante y agudo cual bote de lanza» en la maldición violenta, va recorriendo todo el pentagrama, desde la nota prolongada y sonora del órgano sagrado, hasta las medias tintas paradisiacas que adormecen, encantan y llevan al espíritu, envuelto en sus arpegios vaporosos, á la esfera celeste de las ficciones portentosas ó ideales.

«A la lengua española le quitó la armadura, que le daba pesado continente, y le enseñó la ágil esgrima del florete; él la hizo dejar su grave canto llano y la inició en los sutiles dibujos de la eufonía y de la música modernas; agregó á la paleta sombría de Velázquez, de Zurbarán y de Ribera, las nieblas de Corot, los tintes sonrosados de Chaplin, y persiguiendo la verdad al par de la belleza, demostró que el artista domina siempre la materia, por rebelde que ella sea, pudiendo trazarse en castellano páginas tan nuevas, tan atrevidas y tan ricas en color como las mismas telas de Fortuny.»<sup>1</sup>

\*  
\* \*

Afiliarlo á una escuela es imposible; sería desnaturalizar su idiosincracia. Pertenece á todas y á ninguna. En absoluto: «no es romántico, ni naturalista, ni *neurótico*, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano.»<sup>2</sup>

Valera lo ha dicho ya con su autoridad reconocida. Es todo eso fundido.

Si se le juzga por el canto épico *A las glorias de Chile*, donde pinta los combates navales del Pacífico con el pincel rojo de Verney, haría creer que deriva del dios Hugo; si por las *Cuatro estaciones del año*, diríase que Horacio le dió la voluptuosidad sensual, y Lucrecio «la amargura que brota del fondo de todo deleite;» y si por *Anagke*,—himno de amor á la naturaleza circunstante,—creeríase que bebió en Heine esa ironía escéptica y cruel, que pasma y espanta á los ortodoxos y á las almas creyentes.

Contrasta que en sus versos, al lado del amor puro, de la fe consoladora, de la plegaria sublime y de la esperanza inmortal, se escuche de pronto el grito ahogado de desesperación de Byron, la duda temblorosa de Núñez de Arce, el pesimismo horrendo de Leopardi ó la blasfemia á Dios de Carducci.

Pero al *imitar* á esos vates, no pierde jamás su sello peculiar, su originalidad maravillosa, su nota azul.

El hace sus excursiones por todos los olímpos de la Poesía y del Arte y vuelve sin dejar el rastro.

El soneto *Caupolicán*, calcado en un episodio de *La Araucana* de Ercilla, evoca, por la solidez de la contextura, la robustez de la fibra y la densidad

<sup>1</sup> Julio Piquet—Artículo de *La Nación* á su llegada al Plata.

<sup>2</sup> Valera—*Cartas Americanas*.—Madrid. 1889.

plena de la expresión las estrofas de bronce de Walt-Whitman:

Es algo formidable que vió la vieja raza:  
Robusto tronco de árbol al hombro de un campeón  
Salvaje y aguerrido, cuya fornida maza  
Blandiera el brazo de Hércules, ó el brazo de Sansón.  
Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,  
Pudiera tal guerrero de Aráuco en la región,  
Lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,  
Desjarretar un toro, ó estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día,  
Le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,  
Y siempre el tronco de árbol á cuevas del titán.

«¡El Toqui, el Toqui!» clama la conmovida casta.  
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: «Basta.»  
E irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

Ahora ved algo completamente opuesto, exquisitamente sutil. Una melodía de Grieg versificada por D'Annunzio; el esfuerzo mayor que conozco en toda la poesía de nuestra lengua, para convertir la palabra humana en sonido musical: una maravilla de delicadeza y de gracia:

Era un aire suave de pausados giros;  
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;  
E iban frases vagas y tenues suspiros  
Entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,  
Diríase un trémolo de liras colias  
Cuando acariciaban los sedosos trajes  
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos  
Daba á un tiempo mismo para dos rivales,  
El vizconde rubio de los desafíos  
Y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,  
Reía en su máscara Término barbudo,  
Y, como un efebo que fuese una niña,  
Mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,  
Sobre rico zócalo al modo de Jonia,  
Con un candelabro prendido en la diestra  
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,  
Un coro de sonos alados se oía;  
Galantes pavanas, fugaces gavotas  
Cantaban los dulces violines de Hungría.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes  
Ostenta su gloria de triunfos mundanos.  
La divina Eulalia, vestida de encajes,  
Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado harmónico de su risa fina  
A la alegre música de un pájaro iguala,  
Con los staccati de una bailarina  
Y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala  
Bajo el ala á veces ocultando el pico;  
Que desdenes rudos lanza bajo el ala,  
Bajo el ala aleve del leve abanico!

Al compás de un canto de artista de Italia  
Que en la brisa errante la orquesta deslie,  
Junto á los rivales la divina Eulalia,  
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,  
De amantes princesas y tiernos galanes,  
Cuando entre sonrisas y perlas y flores  
Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?  
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,  
Pero sé que Eulalia ríe todavía,  
¡Y es cruel y eterna su risa de oro!

Darío ha escrito antes y después del *Aire Suave* muchas composiciones poéticas hermosas, porque un espíritu tan exquisito no puede producir sino cosas hermosas y exquisitas; pero, lo repito, á mi juicio, es en ella donde ha tocado la cima de todas las elegancias.

A los que niegan al cerebral la cuerda del sensitivo, les recomiendo el soneto *Margarita*.

Emerge de él la misma velada tristeza, la misma nota quejosa y doliente de Gutiérrez Nájera, cuando había ya dado al amor y á la esperanza un supremo adiós:

¿Recuerdas que querías ser una Margarita  
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,  
Cuando cenamos juntos, en la primera cita,  
En una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita  
Sorbían el champaña del fino baccarat;  
Tus dedos deshojaban la blanca margarita,  
«Si... no... si... no...» y sabías que te adorabaya!

Después ¡oh flor de Histeria! llorabas y reías;  
Tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;  
Tus risas, tus fragancias, tus quejas, eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,  
La Muerte, la celosa, por ver si me querías,  
Como á una margarita de amor, te deshojó!

De pronto, sube á buscar inspiraciones nuevas á los espacios infinitos del éter; va á besar los labios de una estrella, «princesa del divino imperio azul,» para apagar su sed insaciable de *ideal*, y produce su *Romanza en prosa*; desciende luego en un vértigo á la tierra y traza *El Rey Burgués*, en el que deslinda el arte verdadero del falso y simboliza al bardo desgraciado, al antiguo bohemio desaparecido, al trovador errante, que no tiene entrada en el palacio del rey, porque no se comprenden las armonías de su lengua magnífica ni su misión trascendental, y se le reserva un puesto de *organista*, allá á la orilla del estanque de los cisnes, donde en una noche de invierno espantable y fría, azotado el rostro por el cierzo helado, muere con las manos en el manubrio.

\* \* \*

*Los Raros* es el fruto de la plena madurez.

Darío levanta á sus dioses literarios un templo ornado de arcos triunfales.

Abre la marcha Leconte de Lisle, «el vicario de Hugo,» en una prosa sonante, amartillada y metálica, hecha á fuego. La figura del poeta se destaca del fondo, luminosa y gallarda como la de un emperador. Y nos lleva en pos de él á la India y á la Grecia, á aquel extraño mundo de Walmiki y de

Homero, donde Leconte de Lisle fué á desentrañar sus *Poemas Trágicos* y sus *Poemas Bárbaros*.

Diez años antes le había cantado en estos versos armoniosos:

De las eternas musas el reino soberano  
Recorres, bajo un soplo de vasta inspiración,  
Como un rajah soberbio que en su elefante indiano  
Por sus dominios pasa de rudo viento al són.

Tú tienes en tu canto como ecos de océano;  
Se ve en tu poesía la selva y el león;  
Salvaje luz irradia la lira que en tu mano  
Derrama su sonora robusta vibración.

Tú del fakir conoces secretos y avatares;  
A tu alma dió el Oriente misterios seculares,  
Visiones legendarias y espíritu oriental.

Tu verso está nutrido con savia de la tierra;  
Fulgor de Ramayanas tu viva estrofa encierra,  
Y cantas en la lengua del bosque colosal.

Viene en seguida Paul Verlaine, el «pobre viejo divino,» muerto en un hospital. El estilo pierde aquí la grandeza y la sonoridad de los violentos cobres oratorios, y toma tonalidades suaves y vibraciones sollozantes de arpa. La vida del admirable poeta, que arrastraba su pierna arquilótica por los bulevares de París, entre la impasible indiferencia de los burgueses satisfechos, está allí resumida, en cuatro rasgos con las bregas constantes, los amargos pesares y las tremendas desventuras, que obsediaban á aquel desdichado sér, connubio de libertino y de blasfemo, de creyente y de poseído, «que se defendía del demonio con el escudo de la plegaria,» y que terminó su accidentada existencia en una casa de salud.

La monografía se completa con el solemne *Responso*, escrito al día siguiente de la muerte del gran Panida de Francia:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste  
Que al instrumento olímpico y á la siringa agreste  
Diste tu acento encantador;

Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste  
Hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,  
Al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,  
Que se humedezca el áspero hocico de la fiera,  
De amor si pasa por allí;

Que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;  
Que de sangrientas rosas el fresco Abril te adorne  
Y de claveles de rubí.

.....  
Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,  
Que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,  
Sino rocío, vino, miel:

Que el pámpano allí brote, las flores de citeres,  
Y que se escuchen vagos suspiros de mujeres  
Bajo un simbólico laurel!

De noche, en la montaña, en la negra montaña  
De las Visiones, pase gigante sombra extraña,  
Sombra de un Sátiro espectral;  
Que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;  
De una extra-humana flauta la melodía ajuste  
A la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;  
Tu rostro de ultratumba bañe la luna casta

De compasiva y blanca luz;

Y el Sátiro contemple sobre un lejano monte,  
Una cruz que se eleve cubriendo el horizonte  
Y un resplandor sobre la cruz!

Villiers de L'Isle Adam, tercero de la serie, «nació para triunfar y murió sin ver su triunfo.» Quedó como prototipo intermedio, entre el talento y el genio. Darío cuenta sus últimos instantes y la escena última, cuando antes de entregar su alma á Dios «pidió unirse en matrimonio á la pobre é inculta muchacha, con la cual había tenido un hijo.»

Sigue León Bloy, «el formidable é inflexible ejecutor de los más crueles suplicios.» Literariamente hablando, «azota, quema, empala y decapita; tiene el knut y el cuchillo, el aceite hirviente y el hacha.» En este boceto, uno de los más bellos del grupo por el entusiasmo con que está trazado, el homenaje resulta mayor del que León Bloy en realidad merece. No así el de Jean Richepin, «el gallardo bohemio, cómico y gimnasta, que hace versos á su imagen y semejanza, bien vertebrados y musculosos, montando el pegazo con la desenvoltura con que domaría un potro en la pampa.» Aquí el estilo se mantiene diáfano y sereno, y el elogio mesurado no llega nunca al ditirambo.

Jean Moréas, es un trozo de crítica analítica, de paciente examen bibliográfico y de aguda observación. Darío penetra con su mirada audaz al corazón y al cerebro de Moréas, y lo juzga con altura en su doble faz de poeta y de hombre.

Lo mismo procede con *Rachilde*, «satánica flor de decadencia, picantemente perfumada, misteriosa y hechicera, y mala como un pecado.» Semblanza curiosa ésta, de una mujer, que ha llegado á pintar el sensualismo con la fuerza de Balzac y de D'Annunzio. Y lo raro del caso está en que la escritora perversa, es una virgen pura!

Darío sale de París y pasa á Bruselas, para darnos á conocer otro raro: Teodoro Hannon, «elegante y refinado, satánico y poseído,» que tiene sus raíces en Baudelaire y en Poe.

Y de Bruselas, un salto, y estamos en Montevideo, patria del Conde de Lautreamont, que «vivió desventurado y murió loco,» dejando escrito en el manicomio su poema *Cantos del Maldoror*, páginas aterradoras, que dejan en el espíritu la impresión glacial y horrible de las del suplicio de Ugolino, en el Infierno del Dante.

Y entra Max Nordau, que considera degenerados ó locos, á todos los grandes escritores contemporáneos, y entre los cuales tiene el acierto y el buen gusto de no colocarse él. El crítico juzga con detención al psicólogo alemán, y prueba que de mentes desequilibradas no habrían podido salir nunca obras tan primorosamente artísticas, como las que ha producido este fin de siglo.

Se oye de pronto un coro de clarines épicos del lado de Francia, que saludan el paso del águila napoleónica. Es George D'Esparbés, que aparece con su *Leyenda del Águila*.

Darío entona un himno al inspirado y le entreteje una corona de laureles. La frase adquiere aquí ful-

guraciones de cascos guerreros, y los períodos sueñan como redobles de tambores.

De nuevo sale de París y va á Cuba, para sacar del olvido á Augusto de Armas, «que llevó al suelo francés las energías espirituales de América,» delicado poeta que murió en flor, amado por Sully Prudomme, Leconte de Lisle, Méndez y José María de Heredia, cuyas íntimas confidencias recogió Enrique Gómez Carrillo, en su lecho mortuario.

Este no es propiamente un estudio, sino la siempreviva, depositada en la tumba de un hermano en el ideal.

Desfilan después como formas vivientes: la figura de Laurent Tailhade, con su «calva imponente y su cuello robusto, sobre el que se alza la cabeza firme y enérgica;» Fra Domenico Cavalca, «dulce y santo poeta, que respiraba el aroma paradisiaco del milagro, y que vivía en la atmósfera del prodigio;» la de Eduardo Dubus, que hace oír en sus versos, el arco de los violines á la sordina, y cuyo parecido con Baudelaire, no está no sólo en sus rasgos fisonómicos, sino también en sus estrofas llenas de poderoso encanto.

Y llega Edgar Allan Poe, «el príncipe de los poetas malditos,» al que muchos han llegado á considerar el rey de los poetas de nuestro siglo. En este estudio,—fragmento de un libro futuro,—Rubén Darío revela más claramente su honda penetración crítica. Se abre con una portada, donde despliega como en un vasto escenario la hermosa bahía de Nueva York. Hay allí un vigor pictórico deslumbrante, que no dejaba sospechar siquiera el autor de *Azul*. En el fragmento que presenta, estudia el *hombre* y su influencia en la literatura universal, y nos inicia con Ingram, en los misterios de aquella alma tan combatida y tan grande.

De Norte América, vuela á los países escandinavos, y acuña en una moneda de bronce, la extraña fisonomía de Ibsen, «el enorme visionario de la nieve,» que ha creado su teatro, preconizando un socialismo basado en la sinceridad, en la nobleza y en la virtud humanas.

Cierran la serie: Eugenio de Castro, que con *Sagramor* y *Belkiss* inoculó en Portugal una ráfaga de arte puro, y José Martí, el cubano que introdujo en la literatura americana los «niágaras» de Castellar, la flexibilidad y la gracia de Gautier y los colores vivos y llameantes de los Goncourt.

No sabría precisar por qué este tributo á José Martí, deja en mi alma una impresión tan honda. Quizá las luchas y los sacrificios en pro de la libertad de su amada isla; quizá el cariño y la estimación profunda que ligó á ambos espíritus, nacidos y desarrollados bajo el sol de los trópicos; quizá la trágica muerte del que fué el alma de la revolución que todavía humea; ó el pensar qué cumbres habría hollado aquel hombre extraordinario, quizá todo esto reunido, el caso es que no puede leerse esa página sin que la más viva emoción embargue el ánimo.

Un espíritu severo, encontrará que en esos retratos, las sombras no existen casi, ó por lo menos no están bien distribuidas. Indudablemente hay en *Los Raros*, un exceso de optimismo y de luz. Es la bondad, que está en la propia naturaleza del autor, que baña con su fulgor, á veces tenue, á veces deslumbrante, la frente de esos artistas y poetas maravillosos, que con rarísimas excepciones han merecido el desdén de la multitud, lote por desgracia reservado á los fuertes y á los audaces, que se atreven á abrir nuevos rumbos al espíritu humano.

\* \* \*

Los Aristarcos,—que hasta ahora han respetado esta vigorosa y sólida personalidad intelectual,—dirán, quizá, más tarde, que sus *tipos* imaginativos no están ni en la naturaleza ni en la vida, que son de otras épocas, de otras edades, de otros mundos, porque nacen de la teogonía, de la leyenda, de la fábula de las fantasías orientales; los maestros de retórica, hallarán exceso de hipéboles, de símiles, de metáforas, de onomatopeyas en sus composiciones sorprendentes; los gramáticos, calarán sus lentes convexos para pescar algún defecto ortográfico ó algún error de puntuación en su prosa mármorea; pero, no importa, Rubén Darío, aislado entre la pléyade de los grandes prosistas, quedará en la historia literaria de América como una nota personal y única.

No puede escribir sobre una heroína, sin convertirla en una diosa; hablar de los pálidos soñadores, hermanos de la muerte, sin envolverlos en un nimbo de luz; imprecicar al océano, sin hacernos oír el bullicio turbulento de sus tumbos colosales; cantar el amor, sin conmover los íntimos resortes de todos los corazones enamorados; narrar los épicos relatos de la guerra, sin estremecernos, evocando de las ondas saladas los cuadros épicos, como aquel del hundimiento de *La Esmeralda*, en que se oye el toque de los clarines, el redoble de los parches, el trueno de las baterías y los vivas de los héroes, que no se rinden ni aun bajo la lluvia de metralla que ralea las filas. Y de entre el lago de sangre, que enrojece la cubierta y el mar, á la luz del incendio, mientras la nave se hunde, vése surgir de pronto la figura radiante de Prat, como una visión de las antiguas epopeyas orféricas, que salta al abordaje del *Huáscar* y cae lidiando cual león enfurecido al lado de aquellos moribundos sublimes.

\* \* \*

Hay música de besos en sus rimas, deslumbradores reflejos de sol, pálidos rayos de luna, negruras de abismo, sonidos rítmicos de arpas eólicas, esperanzas azules y tristezas grises, amores fugaces y dolores acerbos, el fúnebre clamor de la derrota y el cántico sonoro del triunfo; y sobre todo lo dicho,—la gracia soberana,—en él, inseparable de la suprema distinción.

LUIS BERISSO.

## NUESTRA SEÑORA DE LA MUERTE.

(JEAN LAHOR).

Al Sr. Lic. Justo Sierra.

Fúnebre arrulladora de ataúdes, de un mundo  
 Donde se duerme el sueño del olvido profundo,  
 Que á nosotros descienes y sin fórmulas vanas  
 Para siempre dispersas las angustias humanas;  
 La del blanco regazo para el reo y el espurio  
 Que en tu alcázar se olvidan de su negro tugurio;  
 Fe de justos vencidos, esperanza y consuelo,  
 Bendigante los tristes que han hollado este suelo!  
 Silenciosa señora, coronada de flores,  
 Que calmas los trabajos y alivias los dolores;  
 La que al par tantas lágrimas á los ojos arrancas  
 De madres enlutadas y de huérfanas blancas;  
 Tú á cuya helada mano cederá el Universo,  
 ¿Eres ángel divino ó eres ángel perverso?  
 Deidad á cuya dulce y serena acogida  
 Nuestra alma se aquieta al salir de la vida;  
 La que apagas de un soplo el rencor asesino,  
 ¿Eres ángel perverso ó eres ángel divino?  
 ¡Oh tú, la Solitaria, que en las sombras gobierna!  
 ¿Eres la Verdad única, inmutable y eterna?  
 ¿Es acaso en el fondo de tu ánfora donde  
 De la auténtica Nada el misterio se esconde?  
 Cuando rueda esta carne á tus brazos, inerte,  
 ¿Hallaré amparo en ellos, enigmática Muerte?  
 Ten piedad ¡oh Señora! de esa carne dormida  
 Y jamás la despierte el rumor de otra vida!  
 Qué sé yo cuántos males, si he de ser peregrino  
 De otro mundo, á mi alma le reserve el Destino.  
 El acaso gobierna casi siempre á la suerte:  
 Más seguro es tu lecho, ¡oh pacífica Muerte!

BALBINO DÁVALOS.



DE RAMOS MARTINEZ.





## ALEJANDRO VOLTA.

Vivimos en una época en que las conmemoraciones de los grandes hombres del Pasado y de los grandes descubrimientos, se solemnizan con himnos que, partiendo de todos los rincones del planeta, convergen hacia los sitios en que, ó se mecieron las cunas de nuestros inmortales predecesores, ó fueron realizados aquellos progresos que han determinado profundos cambios en la vida social. Nada más justo ni más alentador en la agitada vida contemporánea, que pagar el tributo que debemos á la memoria de los hombres que han servido á nuestra especie por la consagración de sus energías al logro de la *Civilización* que disfrutamos.

Entre los representantes más ilustres de la ciencia moderna por el visible y trascendente influjo de su descubrimiento, figura Alejandro Volta. Los telegrafistas italianos asociados á sus colegas de los demás países, han celebrado en la pintoresca y rica Lombardía el centenario del memorable aparato voltaico. México, representado por el cuerpo de empleados del telégrafo de todo el territorio, concurrió con su contingente al homenaje en honor de Volta, y se prepara á una manifestación que bien merece el sabio físico italiano.

Nosotros, en breves líneas, procuraremos delinear la imponente figura del gran descubridor.

En 1745 nació Volta en la preciosa ciudad de Como, cuna de los dos Plinios, en la que recibió su primera educación. Compuso en su juventud algunas poesías en italiano y en latín; pero pronto abandonó las bellas letras para consagrarse á las ciencias y especialmente al estudio de los fenómenos eléctricos. En 1774 fué designado para ocupar la cátedra de *Filosofía natural* en la Universidad de Pavia, y años después recorrió Inglaterra y Francia, Holanda, Alemania y Suiza. Casó en 1794 y tuvo tres hijos; se retiró del profesorado en 1804 y bajo el cielo que le vió nacer murió en 1827.

Hasta Volta, la electricidad, engendrada por el frotamiento, había sido tema de fecundísimos estudios emprendidos por muchos físicos, entre los que descuella la simpática figura del gran Franklin. Volta continuó en la misma vía al principio de su carrera científica y fué el primero que sujetó á rigurosa medida la electricidad estática con una balanza muy ingeniosa y á menudo olvidada en los tratados de Física; pero el descubrimiento que lo ha inmortalizado radica en su método para producir corrientes continuas de electricidad, simbolizado en el aparato que lleva su nombre: pila de Vol-

ta. El punto de partida de sus investigaciones fué el conjunto de trabajos de Galvani, trabajos que, sin la interpretación de Volta, no habrían dado el fruto que todos conocemos. En 1780, Galvani, profesor de anatomía en la célebre Universidad de Bolonia, y de cuyo nombre derivan los calificativos *galvánico*, *galvanismo*, descubrió que la pata de una rana muerta puede moverse si los músculos crurales se tocan con un metal, el nervio lombar con otro y los dos metales se unen entre sí. De este hecho infirió Galvani que la electricidad es de origen animal; Volta, por su parte, demostró, que los metales, sin la intervención de la naturaleza animal, engendran la misma fuerza eléctrica y que la producción del fenómeno reside, no en la presencia de un cuerpo animal, sino en el *contacto* de metales diferentes bajo la influencia de la acción química.

En 1800 construyó Volta su *pila*; la formaban discos de cobre, de zinc y de paño humedecido en agua salina ó acidulada. Los discos guardaban este orden: cobre, zinc, paño, etc., pero de suerte que si abajo quedaba cobre, arriba debía haber zinc. Formada así la pila, engendra una corriente de electricidad positiva que va del vértice á la base para subir por un hilo de cobre que establece el contacto entre el disco cúprico inferior con el de zinc superior. Volta cometió un error al afirmar que la corriente eléctrica así producida se debía al contacto de metales desemejantes, en su experiencia como en la de Galvani, la acción química de los fluidos y de los metales que intervienen, más grande en el caso de uno de los metales que en el otro, es la condición determinante ó causal de la corriente. Pero el gran mérito de Volta consiste en haber empleado un método de investigación eminentemente positivo en un orden de fenómenos donde la metafísica reinaba cual augusta soberana. No sólo probó que la corriente eléctrica pertenece al mundo inorgánico, sino que fundó la electricidad dinámica, inventando para producirla su célebre aparato que ha desarrollado la Física y la Química de modo sorprendente.

No lejos de las poéticas riberas del lago de Como y en la ciudad de este nombre se contempla la estatua del gran físico, obra de Marchesi. A este monumento se ha aumentado el homenaje de una «corona monumental» inaugurada en la Plaza Volta por los Congresistas que asistieron á la Exposición organizada en conmemoración del fausto suceso que hemos narrado.

AGUSTÍN ARAGÓN.

## DE LOS "TROFEOS."

---

### PLEAMAR

Faro de luces fijas parece el sol levante;  
un vacho blanquecino la costa entera espuma,  
y sola, contra el viento que revolvió su pluma  
por la borrasca negra va la gaviota errante.

Unas en pos de otras, con impetu pujante  
las olas glaucas bajo su clin de suelta espuma,  
tronando sordamente, al deshacerse en bruma,  
en los escollos ponen sus crestas de diamante.

Correr dejé la ola del pensamiento mío;  
¿que me quedó? Un recuerdo no más, acre y sombrío,  
de tanta fuerza empleada en realizar mi anhelo.

El mar aquí me habla con una voz de hermano;  
porque un clamor-idéntico, levantan hacia el cielo  
las olas y los hombres, eternamente vano.

---

### LA MUERTE DEL AGUILA

Cuando traspasa el águila la nieve eterna, oscila  
en busca de más aire para su vasto vuelo,  
y de un sol más cercano en un más puro cielo  
para caldear el brillo de su feroz pupila.

Y parte: en un torrente de fuego va tranquila,  
y sube más, más alto; mirar quiere en su anhelo  
cómo el relámpago abre de la borrasca el velo:  
un rayo de repente sus dos alas mutila.

Da un grito; mas la tromba su rotación le imprime,  
ella, la luz apura con un ardor sublime  
y cae en el abismo que en el zafir flamea.

Feliz será quien Gloria ó Libertad se atreve  
á amar, si en pleno orgullo de fuerza ó fe en la idea,  
halla una muerte de águila, muy fúlgida y muy brève.

París.—JOSÉ MARIA DE HEREDIA.

México. 1894.—JUSTO SIERRA.

---

## CONFESION DE UN AMIGO.

### I

Decoración: un gran salón con muebles antiguos, tristemente iluminado por una lámpara que arroja importunos reflejos, cubierta de una pantalla verde, semejante á la que usaban nuestros padres antes de la era del petróleo. El cono luminoso que produce la llama, cae sobre una mesa redonda cubierta de blanco mantel, donde se juntan los ingredientes necesarios para el punch de «año nuevo», y en medio de las blancuras algunas gotas de aceite caídas de la lámpara.

Medio ocultos en la sombra de la pantalla verde están dos viejos sentados; tristes ruinas de una época olvidada. Los dos, derrengados y temblorosos, miran con esa tierna y mortecina mirada de los viejos, extinguida por los años. Uno, el amo de la casa, era un veterano militar, y lo habrán ustedes conocido desde luego, en su bigotazo recortado, en su corbatín anudado fuertemente al cuello, en el aire marcial que prestaban á su cara las cejas malhumoradas; sujetaba en las manos, como ligero cayado, el torno de un sillón de ruedas á que vivía sujeto; todo en él parecía inmóvil; todo, menos la boca que contraía sin cesar, como si masticara incesantemente.

El otro, sentado en un sofá, cerca de él, era de alta estatura, delgado, estrecho de espaldas, anguloso de cráneo, de ancha frente de pensador; arrancaba tenues nubecillas de humo de su pipa, á punto de extinguirse. Las mil arrugas de su rostro magro y seco, adornado por una corona de cabellos blancos como la nieve, disimulaban esa sonrisa calmosa y dulce, propia de la cara de los viejos que disfrutaban de la paz y del retiro.

Los dos guardaban silencio. En la profunda calma no se oía más que el crepitar del aceite que ardía y el suave murmullo de la nicotina en la pipa. Entonces, desde el obscuro fondo del salón, un reloj con ronco sonido dió las once.

—Era la hora en que tenía costumbre de preparar el punch—dijo el viejo flaco con frente de pensador.

Su voz temblaba un poco.

—Sí, es la hora—repitió el otro.

Su voz era recia, como eco de sonoras órdenes militares de otros tiempos.

—No hubiera creído que fuese la vida tan triste sin ella—añadió el primero.

—Nos preparó cuarenta y cuatro veces el punch el día de San Silvestre—dijo el otro.

—Sí; hace cuarenta y cuatro años que vivo en Berlín, y que tú eres amigo de la casa—añadió el veterano.

—El año pasado, por esta época, aún éramos felices. Estaba sentada ahí, y hacía calcetas para el hijo de Pablo. Tenía prisa por acabar antes de media noche. Bebimos y hablamos los tres de la muerte; dos meses después nos abandonaba. Tú sabes

que yo he escrito un libro sobre la *Inmortalidad de la idea*. Nunca te gustó. ¡Bueno! Pues yo no lo puedo soportar desde que murió tu mujer. La idea del mundo entero no vale para mí un céntimo.

—Sí, era una buenísima mujer—dijo el marido. Me cuidó mucho. Cuando el servicio me obligaba á levantarme á las cinco, se levantaba antes que yo y preparaba el café.... Tenía defectos; por ejemplo, cuando filosofaba contigo.... ¡ah!

—Nunca la comprendiste—murmuró el amigo; y con imperceptible gesto de sus labios expresó cólera reprimida. Pero la mirada triste y dulce que echó sobre su amigo, indicaba que se sentía acosado por alguna falta secreta.

### II

Hubo un momento de silencio y siguió:

—Mira, Franz, tengo que contarte algo que me atormenta. No quiero llevarlo á la tumba.

—Pues deja los cumplidos—dijo el amo de la casa cogiendo una larga pipa apoyada en el sillón de ruedas.

—Un día pasó algo entre.... tu mujer y yo....

El veterano dejó caer la pipa, y quedóse mirando al amigo con los ojos muy abiertos.

—Pocas bromas, doctor—añadió al fin.

—Desgraciadamente soy muy serio, Franz. Hace cuarenta años que llevo conmigo el secreto. Por fin....

—Pero, ¿qué quieres decir? ¿Que me engañó la difunta?—gritó colérico el veterano.

—¿No te avergüenzas, Franz?—dijo el amigo sonriendo dulce y tristemente.

El veterano masculló algunas palabras y encendió la pipa.

—No, era pura como un ángel. El culpable eres tú. Soy yo. Oye. Hace cuarenta y tres años. Acababas de llegar á Berlín como capitán, y yo era profesor de la Universidad. Tú eras entonces un vividor tremendo. Ya lo sabes.

—¡Hem! dijo el veterano retorciéndose el bigote.

—Había una actriz muy bonita. Ojos negros, dientes muy blancos, ¿te acuerdas?

—¡Que si me acuerdo! ¡Bianca!

Y una sonrisa pálida iluminó su rostro de calaverón.

—Engañabas á tu mujer y ella lo sabía. Pero callaba, ocultando su dolor. Tú nada sabes, pero yo sí. Era la primera mujer que conocía desde la de mi padre. Brillaba en mi vida como un astro. Le pregunté la causa de su dolor. Sonrió. La noche de San Silvestre llegó. Vine á las ocho. Bordaba. Yo leía. Pasó una hora, dos; tú no venías. Yo bien sabía dónde estabas. Temí que olvidaras, en brazos de otra mujer, la hora sagrada, la media noche de fin de año. Cesó ella de bordar y yo de leer. Un silencio terrible pesaba sobre nosotros. De pronto una lágrima brilló y cayó en el bordado. Me levanta-

té precipitadamente y quise salir para buscarte. Me sentía capaz de ir á arrancarte á la fuerza de tu otra mujer. Pero en el mismo momento se levantó ella.

—¿Dónde quiere usted ir?—exclamó angustiadamente.

—A buscar á Franz—respondí.

—Por el amor de Dios, quédese usted, pero *usted*, aquí, conmigo. Y puso sus manos en mi espalda, y luego apoyó su rostro, inundado de lágrimas, en mi pecho. Me estremecí. Nunca había tenido tan cerca de mí una mujer. Venci; quise consolarla. ¡Tenía tal sed de consuelo!

Poco después entraste tú. No notaste mi turbación.

En tus mejillas se notaba el cansancio del amor.

Desde la noche de San Silvestre sufrí un terrible cambio. El perfume de su cabello, el roce de sus brazos, la luz de su mirada me habían trastornado. Me llamé traidor, infame, y para reconciliarme con mi conciencia intenté separarte de Blanca. Felizmente soy rico, y aceptó por romper contigo una cantidad....

—¡Rayos y centellas!—interrumpió el veterano.—¿De modo que por tí me escribió Bianca aquella conmovedora carta de despedida?

—Sí. Escucha: con este dinero creí comprar la paz. Pero no. Me volví loco. Empecé á escribir mi libro *Inmortalidad de la idea*. Nada. Inútil. Pasó un año. Llegó el otro San Silvestre. Esta vez tú estabas en casa; pero dormías en un sofá en el cuarto de al lado. Habías vuelto rendido de una cena del Círculo. Estaba sentado junto á ella; el *recuerdo* vino á mí violentamente. ¡Oh! Quería sentir de nuevo su garganta en mi pecho. Nuestras miradas se encontraron. Entonces caí de rodillas llorando, delirante. Dos segundos hacia de esto, cuando sentí en

mi cabeza el frío de su mano, y oí su dulce voz que decía:

—¡Valor, amigo!

—¡Sí, valor! ¡No engañemos al que duerme lleno de confianza!

Me levanté mirando con terror.

Cogió un libro y me lo dió. Comprendí.

Abri el libro por la primera página. ¿Que leía? ¡Todo pasó! Sonó media noche. Cuando tú entraste había pasado todo.

Después recobré la calma. Sabía que mi amor no era correspondido, que no podía esperar de ella más que un poco de piedad. Pasaron los años: se hicieron grandes los niños; se casaron y envejecimos los tres. Renunciaste á tus locuras; mandaste tus amigos al diablo y viviste para tu mujer, para ella, como yo.... No cesé de amarla, eso me hubiera sido imposible; pero mi amor se transformó: los deseos terrestres dejaron sitio al amor espiritual. ¡Tú te reías cuando nos oías filosofar! Si tú hubieras sospechado que nuestras almas se confundían en una, hubieras sentido celos!

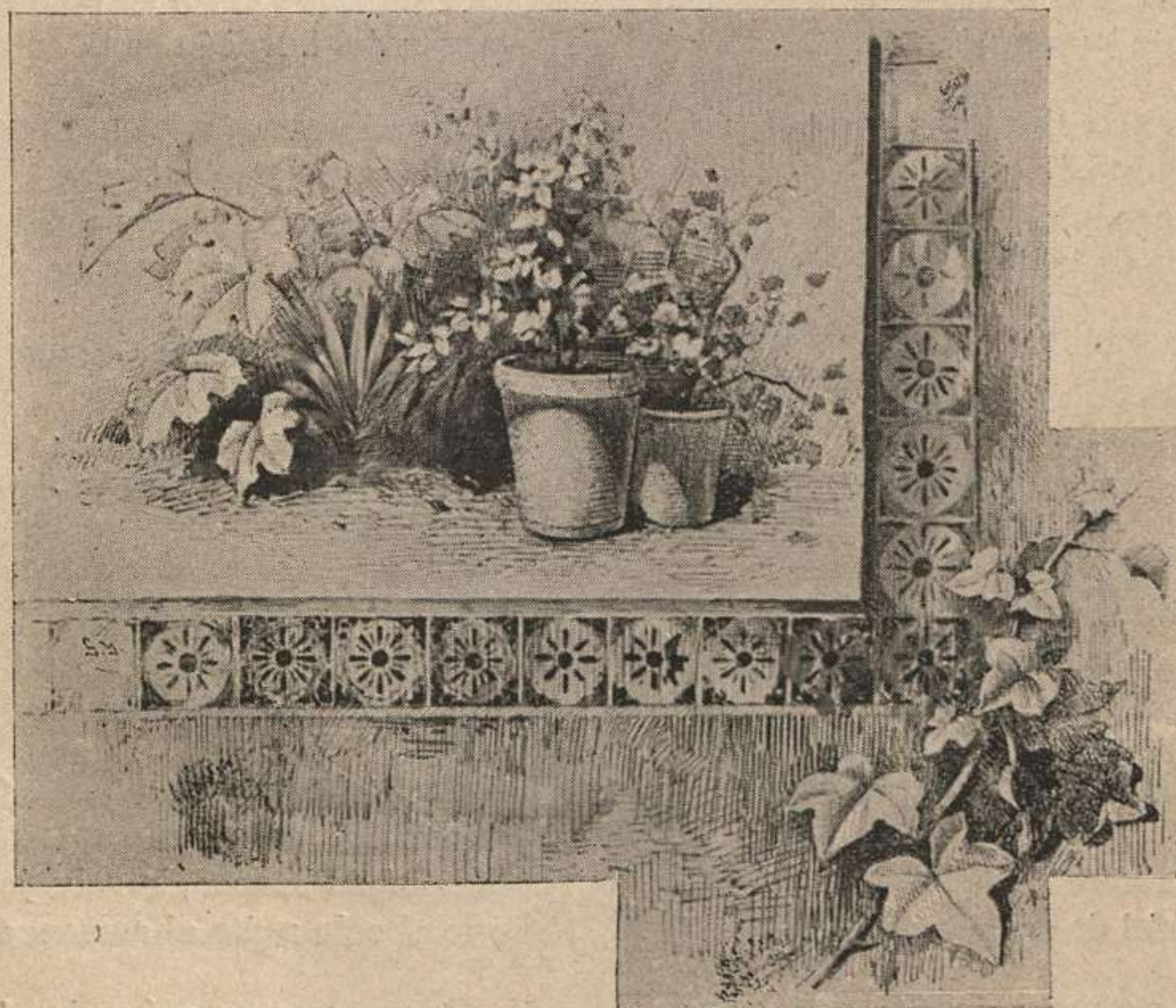
Y ahora ha muerto: puede ser que nos juntemos con ella al próximo San Silvestre. Tiempo es de contarte el secreto: «¡Franz, un día te falté: perdóname!»

Tendió la mano á su amigo con gesto suplicante, pero éste le dijo con tono gruñón:

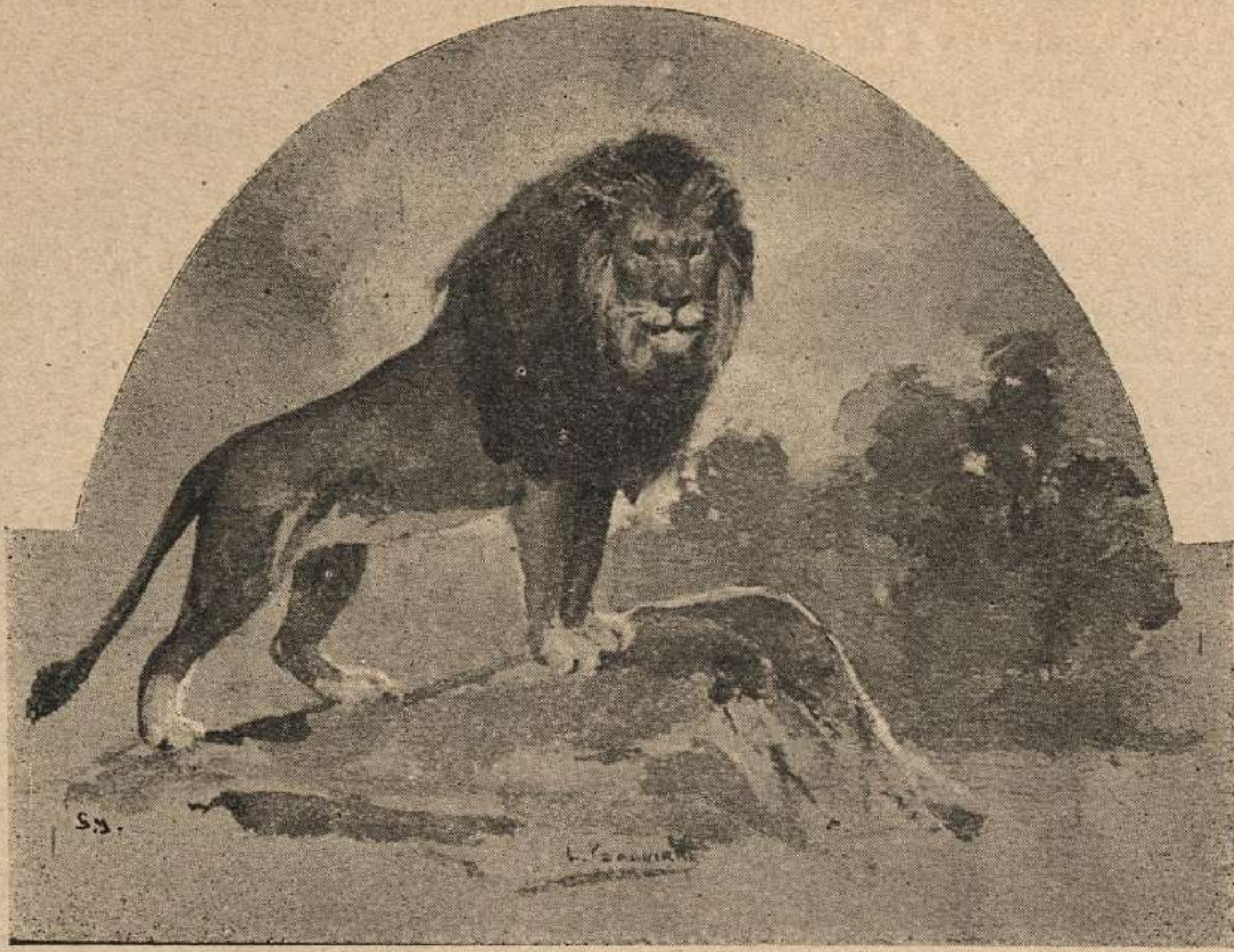
—¡Ah! ¿Perdonarte? Ese secreto lo conocía hace tiempo. Hace cuarenta años me lo contó ella misma. Y ahora voy á decirte por qué me he divertido tanto con las amigas hasta cuando era viejo: porque ella me confesó en la misma época que tú eras el único amor de su vida.

*El amigo de la casa* le miró sin decir nada, y el reloj, con su ronca voz, sonó la media noche.

HERMANN SUDERMANN.



DE RAMOS MARTÍNEZ.



## HIMNOS SALVAJES.

AL DR. MANUEL FLORES.

En vano ocultas las sangrientas garras  
bajo la piel de oveja;  
lo que tocas lastimas ó desgarras,  
y rojos rastros tu impaciencia deja.

Antes hermoso—la melena al aire  
y los ojos de lumbre—  
me pareciste en el brutal desgaire  
con que hollaste á tu víctima en la cumbre.

La selva resonaba con tu acento;  
y al par de tu rugido,  
en las trémulas ráfagas del viento,  
vibraba ledamente su gemido.

¡Ah! cómo hundiste la cabeza hirsuta  
en sus carnes abiertas! . . .  
Lluvia de sangre salpicó, en la ruta,  
la alfombra doble de las hojas muertas!

Bajo del verde toldo de los sauces,  
con épicos enojos,  
la sacudiste en tus enormes fauces,  
regando estremecido sus despojos.

Bostezaste de hartura; y ví en tu boca,  
del sol á los urentes  
rayos—en el licor que te sofoca—  
una hoguera cogida con los dientes.

Después, alzada la monstruosa testa  
desafiando todo,  
y echándote, á la hora de la siesta,  
en tu lecho triunfal de sangre y lodo.

Te arrullaban el sueño, del torrente  
los hórridos bramidos,  
y las ramas mecidas reciamente,  
despojándose de hojas y de nidos.

En la profunda soledad ignota,  
en tu sangrienta charca,  
eras la bella y triunfadora nota;  
de las selvas el único monarca. . . .

Vuelve, vuelve á tu bosque solitario;  
que no es gentileza  
en tu robusta mano el incensario,  
ni en tu carácter firme la vileza.

León naciste en guájara sombría;  
allá busca tu imperio  
y serás como el sol en pleno día. . . .  
la voz del huracán es tu salterio.

Deja la estrofa desmayada y flébil  
que hoy al éxito entonas,  
al cortesano adulador y débil,  
ajeno á luchas, triunfos y coronas.

No te deshonres más con torpe anhelo  
bajo la piel de oveja;  
levanta tus rugidos hasta el cielo,  
al viento libre la melena deja.

Sólo eres bello al esgrimir las garras  
y hechos lumbre los ojos;  
sólo eres bello así, cuando desgarras  
y riegas palpitantes los despojos. . . .

Ve; que te aguarda en la feral caverna  
que el bejucal encubre  
la hembra bronca, la salvaje tierna  
que el celo agita al comenzar Octubre.

Desentume tus músculos de acero,  
con ronca voz te llama  
el árbol que se rompe al soplo entero  
de la deshecha tempestad que brama.

Emprende hacia las selvas el camino;  
ya se esparcen las hojas....  
y las bellotas del vetusto encino;  
y las frutillas del madroño, rojas.....

Irguese el pino pensativo y grave  
que asombra la montaña;  
empieza el viaje presurosa el ave;  
el pastor abandona la cabaña:

Va en busca de las abras escondidas  
huyendo de la nieve  
que avanza por las cumbres ateridas,  
cubriendo el suelo con su copo leve.

Se escucha de las águilas el grito;  
en sus rápidos vuelos,  
se lanzan como en pos del infinito,  
al límite brumoso de los cielos.

Cruza, á las veces, tímido venado  
la senda abandonada,  
poco á poco, avizor, y adelantado  
al ruidoso tropel de la manada.

Cualquier rumor insólito le asusta  
y emprende la huida  
como hostigado por mordente fusta,  
como flecha del arco despedida.

Del ancho arroyo por el cauce seco  
muge el toro salvaje  
con recia voz que le devuelve el eco:  
mezcla extraña de amor y de coraje.

Es un himno de notas misteriosas,  
en la quietud del monte,  
la existencia secreta de las cosas,  
á la luz espectral del horizonte.

Muere el sol en un vórtice de fuego;  
y al ver aquella pira  
alza Naturaleza en son de ruego,  
los más hondos sonidos de su lira.

Suena gárrulo el viento en la espesura,  
y del verde oleaje  
del negro robledal, vuelve á la altura  
y deshace en los cielos el celaje.

Asciende un vaho, refrescante y vivo,  
de la yerbosa alfombra;  
es un espasmo el beso fugitivo  
de la luz moribunda y de la sombra.

Se enruborece el último reflejo  
en la efímera nube....  
Del recogido ánimo perplejo  
á Dios, vibrante la plegaria, sube.

La noche surge, envuelta en sus crespones,  
de la barranca umbría,  
y flotan en las cimas los jirones  
de la deshecha clámide del día....

La bondad es el germen de las cosas;  
el cielo centellea  
cuajado de astros, blancas mariposas  
que vuelan en la luz que parpadea....

La Ciencia crece, pero el bien naufraga....  
Vuelve, vuelve á tu bosque solitario.  
¡Oh, rey de las inmensas soledades!  
que en su misterio, cuando el sol se apaga,  
la tierra se convierte en incensario  
de un Dios que no conocen las ciudades!

JESÚS E. VALENZUELA.



## MADRIGAL.

(DE PASQUALE PAPA).

Dice, de tí prendada,  
 La blanca luna en el confin del cielo:  
 —Yo rompo el agua y á lo más profundo  
 Del hondo mar desciendo;  
 Así bajar quisiera  
 Con tenue rayo á tu profundo seno;  
 Así violar de aquel arcano mundo  
 El virginal silencio,  
 Y buscar del amor la obscura perla  
 Hasta hallarla en su centro.—  
 Así, de tí prendada,  
 Dice la luna en el confin del cielo;  
 Mas no ha de hallarla nunca.....  
 ¡No tiene fondo, como el mar, tu seno!

ENRIQUE FERNANDEZ GRANADOS.

## CUENTOS MODERNOS.

Es ella una viejecita, dulce, regordeta, indolente, á medio vestir siempre; pero de un abandono agradable, bajo sus peinadores mal ceñidos y bajo su bonita cabellera de locas mechaz rizadas en naturales gudejas. Sus ojos semejan pervincas marchitas, su piel, que está cruzada toda por mil pequeñas arrugas, parece una vitela muy usada cuya substancia hubiera sido amasada con una pasta de pálidas rosas muertas. Y ella, la dulce viejecita, no parece vivir mucho más que una pálida rosa. Diríase que vejeta vagamete mecida en ensueños ligeros y confusos, en sueños de flores en que se extinguen y agonizan los últimos furtivos recuerdos de viejos abriales alejados desde largo tiempo atrás.

El es un viejecillo limpio, alerta, empomadado, llevando por peluca un *toupet* negro de galana forma, de forma adecuada para un viejo verde; perfecta y recientemente afeitado siempre, con la sonrisa constante en su boca muy grande, parecida á la de una rana; su mirada maligna, ardiente, agitándose de aquí á allá, hacia la derecha y la izquierda, hacia arriba y hacia abajo, una mirada en la que todo el hombrecillo se halla resumido; agitado, presuroso, epiléptico, con gestos de fanteche, pantomimando no sólo con los gestos y con la fisonomía, sino también con todo el cuerpo, con el torso vergonzoso, con los hombros, con los visajes, con las piermas, con el vientre, con la espalda, con todas sus partes.

Interrumpe á cada momento lo que hace y lo que dice para chillar aprisa, aprisa, en tono de falsete:  
 —¡Moumoute! ¡Moumoute!

De cuando en cuando le responde ella con una lejana y tremulante voz de violoncelo:

—¡Sí, mi gato azul!

Hoy tienen, él setenta y ocho años ya pasados; ella dos menos, y hace ya treinta se dicen las mismas palabritas tiernas, jamás otras, desde el primer día en que se vieron, desde el día en que sencillamente y para unirse en toda la vida se encontraron.

Salía ella entonces del conservatorio con su accésit ganado de canto y con un segundo premio en la ópera cómica.

Obtuvo desde luego el empleo de soprano ligera, en provincia, es cierto, pero no sin éxito.

Temporadas y temporadas, años y años, había llevado coronas, coronas de papel dorado con banderolas de seda y elogiosas inscripciones, de aquí á allá, de las ciudades principales á los pequeños pueblos, sin poder jamás atrapar una contrata en París.

Luego, poco á poca la voz fué cascándose, se perdió muy pronto, ¡ay! á los cuarenta años.

Fué precisamente al caer de primera cantante á segunda, á las subsiguientes, á las características, á las dueñas de tercer orden, á corista al fin!

El, precisamente como corista comenzó; pero una tarde por un brillante arranque, pasó del coro, reemplazando á un *trial* enfermo, y *trial* simpático permaneció; agradable á los directores reemplazando algunas veces á los segundos tenores—en las ciudades, por supuesto en el Mediodía, encantó á lo más exigentes—pero en las ciudades del Norte ja-



más habría podido definitivamente pasar de trial, y el trial, pasado un cierto tiempo habría llegado á ser un mal coplero, papel que no se escribía más que para *trial*, y el corista de otro tiempo habría vuelto á ser corista.

Cuando ya en la caída, en la decadencia de la carrera artística, se habían encontrado teniendo cuarenta y nueve años él y cuarenta y siete ella, resignados á no ser sino coristas habiéndose narrado sus decepciones, habiéndose gustado mutuamente, la melancolía de Maumoute era dulce al fracaso de *Chat Bleu*, el humor de *Chat Bleu* consolaba el desastre de *Maumoute*.

Inmediatamente también, á la par, se habían hecho las confidencias de corazón á las aventuras de corazón. Habían conocido casi la misma suerte y habían perdido casi las mismas ventajas. Había tenido ella un gracioso aspecto en su regordeta dejadez de negligente, como lo atestiguaban todavía sus ojos de pervinca marchita y las guedejas de sus cabellos niveos hoy, pero cuya nieve había sido seda dorada en otro tiempo. El con su petulencia, con su mirada danzante y su alegría, había sido á pesar de su poca estatura un bonito hombre.

Los dos habían sido amados; ¡cuántas historias se contaron sobre esto en los primeros años de su unión!

—¡Cómo! un senador, ¡imposible!

—Y ese lord, pero es posible, ah! te lo merecías, y qué digna fuiste al no haberle conservado. Naturalmente, como que habría necesidad de abandonar el teatro, y qué diablos, amabas tu arte antes que todo, tuviste razón, mucha razón, *Maumoute!*

—Ah, entonces con que con esa rusa, esa condesa, estuviste á punto de casarte, no, gran pillo? y hubieras sido un conde ruso, bien, muy bien mi *Chat Bleu*.

Y *Chat Bleu* y *Maumoute* llegaban á quererse más, al pensar que habían sido tan amados tanto el uno como el otro, por este, por aquella, por haber pasado sin detenerse al lado de tanta felicidad.

Y los besos de sus difuntas primaveras nuevamente florecían en ese viejo verano en el que sus cincuenta años se marchitaban.

Lo que indisolublemente les había unido desde su primer encuentro (todo hay que decirlo) fué que uniéndose en un casamiento de amor, incontestablemente un poco tardío, venían siempre á constituir un casamiento de interés, aunque simples coristas, cada uno de ellos, debido á singulares circunstancias, casi análogas, que á ninguno avergonzaron y de las que á ambos pareció natural aprovecharse uniendo su suerte.

Había llegado á ella de un antiguo amante una renta viajera de setecientos francos.

Una famosa condesa rusa, en otro tiempo, le había dado un diamante que vendió y cuyo precio había empleado en la compra de un valor revendido

ventajosamente más tarde; el producto había sido recientemente transformado en una renta vitalicia que le producía seiscientos y tantos francos. Uniendo sus productos, el todo venía á darles una renta de cerca de mil cuatrocientos francos al año, de que disponer.

Pensando en su vejez, prudentes y económicos, habían continuado durante todo el tiempo que les fué posible, su oficio de coristas, habiéndose contentado con sus flacos sueldos para vivir más bien mal que bien; capitalizaron sus rentas; así, pues, cuando juzgándose bastante ricos se retiraron de la escena, tenían ya unos treinta mil francos.

Quince años hace ya que disfrutan de su retiro, él siendo el de siempre, limpio, alerta, empomado, con su *toupet* falso de galana forma, recientemente afeitado, perfecto y con la sonrisa constante, la mirada agitándose, todo el cuerpo gesticulante; ella, apática, indolente, de aspecto melancólico pero con el corazón joven todavía, con sus ojos de pervinca marchita y sus niveos cabellos con guedejas, con su piel amasada con pálidas rosas muertas y su cuerpo todo acariciado en un ensueño de flor que lentamente agoniza en una dulce agonía vegetativa....

Son completamente felices, tienen una casilla propia con un jardincillo, se dedican á sembrar geranios y *giroflés*; él se encarga de cultivar, de ir al mercado y guisar; ella, cuando consiente en hacer algo, es solamente para sentarse ante un viejo piano Erard, enclenque, acompañando los duos que unidos cantan á veces, los duos que les recuerdan sus éxitos de otro tiempo. En las paredes de la sala, que sirve también de comedor, cuelgan las coronas de papel dorado con banderolas de seda y elogiosas inscripciones.

*Maumoute* se pasa con frecuencia varias horas contemplándolas, soñando mientras que *Chat Bleu* ocupa sus ocios en redactar sus memorias.

De cuando en cuando, sin dejar de escribir, empieza á chillar en tono de falsete, muy de prisa y agitándose:

—¡*Maumoute!* ¡*Maumoute!*

De diez veces, nueve ella despierta de su ensueño y volviendo la cabeza con violoncelante voz, contesta:

—Sí, mi *Chat Bleu*.

Ante notario han hecho su testamento.

El que sobreviva obtendrá lo que pueda dejar el otro, después de la muerte de ambos, y acabadas las rentas viajeras, el capital restante servirá para formar una renta anual para dos coristas desgraciados, un hombre y una mujer, con preferencia para quienes tengan, ella, voz de soprano ligera y él, de trial.

—¿Te parece bien, *Maumoute*, *Maumoute?*

—Sí, mi *Chat Bleu*.

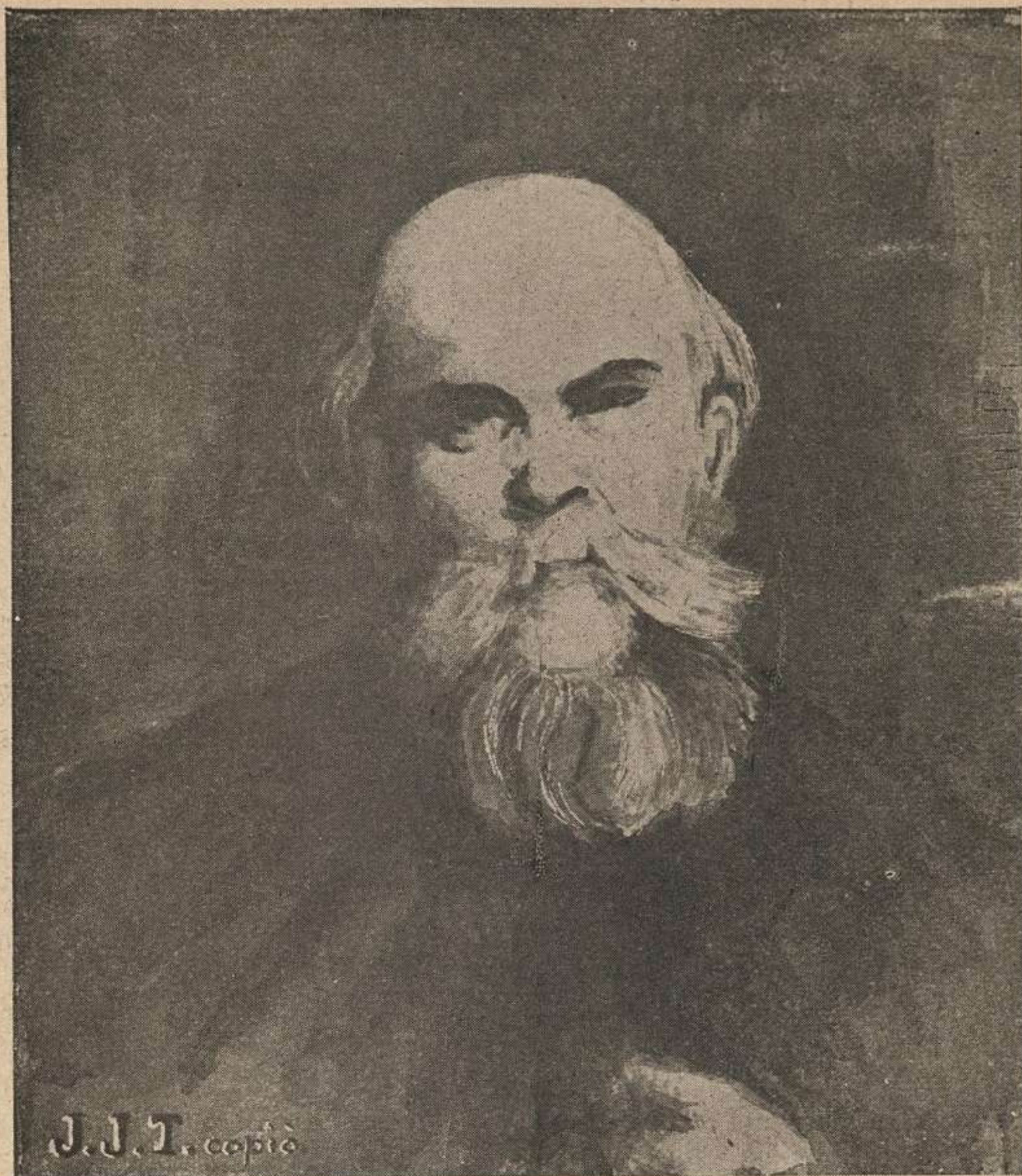
JEAN RICHEPIN.

(Traducción de la "Revista Moderna.")

Facsimile del último párrafo, original y autógrafo de Richepin.

— Oui, non Chat-bleu !  
 Ils ont, par-devant notaire fait leur testament.  
 Le dernier survivant aura eu sa part comme lui-même  
 laissé. Après la mort des deux, et les quatre viagers  
 éteints, le capital restant doit servir à constituer  
 un revenu pour venir annuellement en aide à deux  
 choristes malheureux, une femme et un homme, de  
 préférence à des voix de soprano léger et de bial.  
 — Est-ce bien ainsi ? Moumoute, Moumoute !  
 — Oui, non Chat-bleu !

Jean Richepin



PAUL VERLAINE.

## CHANSON POUR ELLE.

Tu crois au marc de café,  
Aux présages, au grands jeux;  
Mais je ne crois qu'en tes grands yeux.

Tu crois aux contes de fées,  
Aux jours néfastes, aux songes,  
Mais je ne crois qu'en tes mensonges.

Tu crois en un vague Dieu  
En quelque saint spécial,  
En tel *Ave* contre tel mal.

Je ne crois qu'aux heures bleues  
Et roses que tu m'épanches  
Dans la volupté des nuits blanches.

Et si profonde est ma foi,  
En vers tout ce que je crois  
Que je ne vis plus que pour toi.

PAUL VERLAINE.

## PAUL VERLAINE

(POR FRANÇOIS COPPÉE).

Habíamos traspasado apenas los veinte años cuando nos conocimos Paul Verlaine y yo, cuando cambiamos nuestras primeras confianzas, cuando nos leímos nuestros primeros versos. Vuelvo á ver, en este instante, nuestras dos frentes inclinadas fraternalmente sobre la misma página; vuelvo á sentir por el recuerdo, con todo su ardor primitivo, nuestras admiraciones y nuestros entusiasmos de entonces, y evoco nuestros viejos ensueños. Eramos dos niños, y confiados íbamos hacia el porvenir. Pero Verlaine no encontró á la experiencia, á la fría y segura compañera que nos toma rudamente de la mano y nos guía por el escabroso camino. Permaneció siempre siendo un niño. ¿Hay que tenerle lástima? Es tan amargo llegar á ser un hombre, un prudente, no correr más sobre el libre camino de su antojo por miedo de caer; no cortar más la rosa de la voluptuosidad por temor de herirse con las espinas, y no tocar á la mariposa del deseo pensando que se volverá polvo en nuestros dedos! Dichoso el niño que ha sufrido crueles caídas, que se levanta lleno de lágrimas, pero que olvida al punto el accidente del sufrimiento y abre de nuevo sus ojos aún húmedos de llanto, sus ojos ávidos y encantados sobre la naturaleza y la vida! Dichoso también el poeta que, como nuestro pobre amigo, conserva su alma de niño, su frescura de sensaciones; su deseo instintivo de caricias; que peca sin perversidad, tiene sinceros arrepentimientos, ama con candor, cree en Dios y le ruega humildemente en las horas sombrías, y le dice ingenuamente cuanto piensa y cuanto siente con encantadoras torpezas y rudezas llenas de gracia!

Dichoso ese poeta, lo repito, recordando todo lo que Paul Verlaine ha sufrido en su cuerpo enfermo y en su doloroso corazón, pues ¡ay! como el niño, estaba sin defensa ninguna y la existencia lo ha herido cruelmente y á menudo. Pero el sufrimiento es el rescate del genio, y tal palabra puede pronunciarse hablando de Verlaine, pues su nombre despertará siempre el recuerdo de una poesía *absolutamente nueva* y que tiene en las letras francesas la importancia de un descubrimiento.

Sí, Verlaine ha creado una poesía que es de él solo, una poesía de una inspiración que es á la vez ingenua y sutil, hecha toda de matices y evocadora de las más delicadas vibraciones de los nervios, de los más fugitivos ecos del corazón; una poesía natural no obstante, brotada de manantial, y aún popular á veces; una poesía en que los ritmos libres y rotos, guardan una deliciosa armonía, en donde las estrofas giran y cantan como una ronda infantil, en donde los versos, que son versos entre los más exquisitos, llegan á ser música. Y en esa inimitable poesía nos ha dicho todos sus ardores, todas sus faltas, todos sus remordimientos, todas sus ternuras, todos sus sueños, y nos ha enseñado su alma tan tormentosa, pero tan ingenua.

Tales poemas están hechos para perdurar; y yo lo atestiguo, los compañeros de la juventud de Paul Verlaine, que sin embargo han dado el mayor esfuerzo en su arte, reunciarían á las dulzuras y á las vanidades de una dichosa carrera, y aceptarían los días sin pan y las noches sin albergue de «Pauvre Lelian,» si estuvieran seguros, como él, de dejar á ese precio algunas páginas duraderas y de ver florecer sobre sus tumbas el laurel inmortal.

La obra de Paul Verlaine vivirá. En cuanto al despojo lamentable y maltratado, no podemos, pensando en él, más que asociarnos á las conmovedoras oraciones de la Iglesia Cristiana, que para los muertos sólo pide el reposo, el eterno reposo. . . .

Pobre y glorioso poeta, que parecido á las frondas ha gemido más á menudo que cantado. Desdichado amigo que yo amaba siempre y que no me ha olvidado! En tu agonía reclamabas mi presencia, y he llegado muy tarde, pensando que en efecto está muy próxima la hora en que deba obedecer á tu llamado. Pero su alma y la mía han esperado siempre, qué digo, han creído siempre en un asilo de luz y de paz en que todos seremos perdonados, purificados—pues quién tendría la hipocresía de proclamarse inocente y puro?—y allá será en pleno ideal donde te doy mi cita y te responderé: Héme aquí.

(Versión de la «Revista Moderna.»)

## LAUS VENERIS!...

Propicia á los transportes que maduró el deseo,  
rasgando el velo obscuro de tu llorada ausencia,  
como deidad que abre su alma á la clemencia  
en mis amantes brazos rendida al fin te veo.

¿Qué sol, capullo anémico, vivificó tu savia?  
¿qué omnipotente fuerza te devolvió á mis brazos?  
¿qué experta mano pudo desanudar los lazos  
á tu actitud de diosa tranquilamente sabia?

¡Al fin te miro! Vuelves como en lejanos días,  
temblando de impaciencia por el supremo instante;  
al fin mis brazos ciñen tu cuerpo deslumbrante,  
las rosas de tus senos al fin van á ser mías.

¡Ya estás vencida! Al cabo rindióse tu altiveza  
como una flor augusta que entrega al viento su alma;  
ya sacrificas todo por el amor: la palma  
de tu hermosura, el lirio triunfal de tu pureza.

¡Ah, sí! desciende, arroja tu veste impenetrable,  
para sentir el beso de las pasiones locas  
y trúéquense en dos flamas voraces nuestras bocas  
ante el altar glorioso de nuestro dios afable.

¿Quién como yo, pudiera, Magnánima, ofrecerte  
los frutos del deseo, la copa de ambrosía?  
¿quién, como yo, ser tuyo, bajo la tiranía  
de los intensos goces más fuertes que la muerte?

Desnuda de alma y cuerpo, tu desnudez transforma  
mi amor en torvo anhelo. Más que el perfume suave  
de tu inocencia franca, más que tu risa de ave,  
amo la pompa lírica de tu inviolada forma.

Princesa ayer, hoy reina, tu imperio empieza ahora:  
un palanquín mi espalda para tu gloria ofrece,  
y de mis besos locos, en que el amor florece,  
una diadema para tu frente triunfadora.

Y ya que entre mis brazos he visto al imposible  
rendirse á mis caricias, frenético y sensual,  
idólatra creyente, yo expiraré impasible,  
enclavado á tu cuerpo como á una cruz carnal.

AURELIO G. CARRASCO.

Tacubaya, 1899.

## DE VIAJE.

### OAXACA.

En 1870, Don Lorenzo S.... nativo de Otumba y propietario de la hostería que aquí habito, se llamó Abdul-Amir, y, fortachón saltimbanqui, formaba parte de una *troupe* de beduinos tan auténticos como él. Al presentarse en bancarrota la compañía de circo, Don Lorenzo fundó esta hostería, frente á uno de tantos deliciosos y perfumados jardines, como cuenta esta capital.

Aquí, no hay invierno; estas noches de Enero, en que la Cruz Austral enseña á los oaxaqueños sus *flamígeros clavos*, los jardines se pueblan de mujeres morenas; y las urracas, pájaros que en el Distrito Federal no conocemos, alegran con sus gritos las tibias noches de esta tierra privilegiada..... Los naranjos, los limoneros, los mil y mil arbustos que perfuman el ambiente, bajo el esplendoroso cielo austral de la República, enervan mi espíritu; le hacen soñar en voluptuosidades peligrosas y extrañas; enardecen mis deseos y me hacen recordar aquellas páginas de «Sur l'Eau,» en las que el amigo ilustre de Flaubert, deseaba, deseaba sensualmente todos los goces imaginables con mujeres de distintos países, de distintas razas, de aromas extrañas, de pieles cobrizas ó albeantes, ó sonrosadas como el occidental firmamento de esta capital, cuando se oculta el sol.

\* \* \*

Carlos Alvarez Vasseur, un intelectual refinado que tiene aquí á su cargo la biblioteca pública, me hace muy agradables las horas de ocio.

Le agrada beber exquisito té, y mostrar á sus amigos las maravillas que para los bibliófilos guarda la biblioteca de Oaxaca.

Quien desee venerar unos instantes los autógrafos del Santo que se llamó Fray Bartolomé de las Casas, visite la biblioteca á que aludo, y Carlos A. Vasseur, hospitalario y buen amigo, le dará como á mí muestras de bondad y de atención que tan raras son en Puebla.

\* \* \*

*Santa María del Tule.* Un poblacho tristón, algo así como Guadalupe Hidalgo, un poblacho situado á una hora de Oaxaca, un villorrio que ostenta el prehistórico sabino Humbolt, árbol secular que casi aterra; árbol en que anidan cuervos, quizá porque aves alegres sentiríanse allí, abrigadas por el terror que causa el pasado muerto, el pasado mundo, la extinta vida de tantos seres, de tantos seres de los que ignoramos si algo de su personalidad sobrevive allá, allá á donde todos caminamos.....

La impresión pavorosa; sí, casi pavorosa, que el

árbol del Tule me produjo al caer la tarde, se desvaneció al leer parte de los centenares de imbecilidades que en prosa y verso han escrito en el «Album del Tule» los visitantes.—Firmas de próceres y cretinas elucubraciones, ese es el Album; si se exceptúa el retrato de Angel Pons, dibujante ilustre, que en una de las páginas de ese librote firmó así modestamente al pie de su efigie, por él dibujada: «Un dibujante en Santa María del Tule.»

\* \* \*

*Mitla.* A catorce leguas de Oaxaca, en tristísimo estado, con la ruina absoluta por perspectiva, en completo abandono, destrozados por los terremotos y el tiempo; los maravillosos palacios de la dinastía zapoteca, impregnan mi alma inquieta, con la tristeza de las cosas bellas que agonizan.

\* \* \*

*24 de Enero.* Hoy á las 5 y 15 de la madrugada, me hace brincar de la cama un temblor trepidatorio acompañado de pavorosos ruidos subterráneos, y á la claridad del crepúsculo matinal, veo por la ventana de mi cuarto, un cielo horrible, negro como la conciencia de un bandido, mostrando apenas un claro en el que brillan los siete astros de Osa Mayor, cerca de la cabeza del Dragón.

A la hora del almuerzo, ¡qué comentarios! ¡qué opiniones sobre los terremotos!

Figuráoslas: en una mesa rodeada por un torero, un clérigo ignorantísimo y bebedor, y una americanita en completa bancarrota, que solicitaba, ávida, de tres agentes viajeros (incluso yo), la salváramos del concurso de acreedores.

\* \* \*

*Enero 28.* Telegrama que recibo hoy: «Se necesita de usted en Chihuahua.»

### CHIHUAHUA.

Cerca de cien horas de fatigoso viaje en diversos ferrocarriles, para venir desde Oaxaca, hasta la capital del Estado más rico en minería, que existe en la República. Dejar muy lejos las feraces regiones del Sur; entrar en las polvosas y feas campiñas que atraviesa el Ferrocarril Central; seguir, seguir por esos desiertos de Coahuila y Durango, en los que aparece, colosal é iluminada por aureola de gloria, la imagen de Juárez, en su peregrinación dolorosa.

Sí, para los que no conocemos de las guerras civiles y con el extranjero, más que las leyendas; para los que bostezamos escuchando relatos de campa-

ñas, y sólo sacamos por conclusión de las pláticas aburridas y monótonas de los veteranos, que allí sólo había matadores, cadáveres y muchedumbres homicidas que infringían el gran precepto cristiano; para nosotros que desde niños viajamos cómodamente en ferrocarril, sin sufrir hambre, sed, ni persecuciones; para los escépticos que encogemos las espaldas ante las oropelescas frasesotas de «Libertad y Patriotismo,» aparece, sin embargo, grandiosa y admirable la figura de Juárez con su séquito, en estas inmensas y aterradoras llanuras, que causan pavor si se piensa, ¿qué sería de los pasajeros, si un accidente ferrocarrilero les hiciera pasar veinte horas en estas soledades?

A las once del día, marcando el termómetro centígrado 14° en este día 9 de Febrero, llego á Chihuahua; pasa el carruaje que me conduce al hotel, por entre árboles secos, secos como nunca he visto en el Valle de México, sin una hoja, por entre edificios públicos suntuosos y modernos, que admiro hasta donde me lo permite el trote del caballote americano que tira del carruaje.

El hospital, blanco, con sus muros blanquísimos hoy, porque la nieve ha cubierto la ciudad toda; el Palacio de Gobierno, riquísimo y único quizá en la República, que pueda denominarse Palacio; el Banco Minero y el Hotel Palacio, edificios modernos también y riquísimos, como todo lo que se ve desde luego en Chihuahua; pues esta es, á no dudarlo, la ciudad que cuenta con mayor número de archimillonarios, y en proporción, de suntuosas construcciones. Sí, todo es rico en Chihuahua, todo es suntuoso, hasta el kiosko que existe en la plaza central, y que ostenta en su derredor artísticas quimeras.

La Catedral, construida con donativos de los propietarios de las minas de Sta. Eulalia, costó \$800,000 y está siempre poco concurrida, pues no es Chihuahua capital donde el clero se imponga.

\* \* \*

Próximamente (para Octubre, según se cree), Chihuahua inaugurará su gran teatro, en el que según proyecto, se verificarán las sesiones del tercer Congreso Médico Mexicano.

Frente al Teatro (actualmente en construcción), un lugar histórico: el sitio donde fué sacrificado Hidalgo, lugar en el que se ha levantado al héroe un monumento costosisimo; pero de tan mal gusto, como tantos otros en los que el heroico eclesiástico aparece más ó menos grotesco. En los cuatro ángulos, cuatro compañeros del libertador, modelados pésimamente y fundidos en bronce.

Muy cerca del suntuoso Palacio de Gobierno, la torre cuadrada, sombría y lúgubre, en donde el héroe pasó sus últimos instantes.

A corta distancia de la torre sombría, la parroquia de San Francisco, viejo templo, el más antiguo de Chihuahua, y en el que los matadores de Don Miguel Hidalgo, depositaron su cadáver mutilado. Una placa de mármol, colocada sobre el pavimento de la capilla de San Antonio, en el templo dicho, indica al viajero dónde fué sepultado y dónde permaneció por algunos años el cuerpo del Cura libertador.

\* \* \*

Gratas é inolvidables impresiones artísticas encontré en Chihuahua; tres horas escuchando á Paloma Schraman, una niña pianista, que aquí se deja oír por primera vez en la República.—Varias noches, en compañía de Ignacio Villalpando, artista descontento, que me da á conocer, antes de que sea conocido en la capital, parte del admirable oratorio del P. Perosi y parte de la ópera «Iris,» producción del gran compositor.

Largas pláticas con la gente de pluma de aquí; generalmente haciendo el panegírico de los geniales escritores que esta tierra ha producido: Urueña... Valenzuela... Porfirio Parra; trinidad chihuahuense, que llena con sus nombres ya, la República de las letras mexicanas.

\* \* \*

Visitas á grandes centros industriales: la Cervecería, blanquísimo y extenso edificio; la Compañía Industrial, poblada por demonios negros, que van y vienen entre llamas y dirigida por Don Juan Creel, un caballero empeñoso en abrumar de honores y comedimientos á los visitantes.

\* \* \*

Crepúsculos de invierno maravillosos, semejantes á boreales auroras que iluminan desde el abrupto cerro del Coronel hasta la magnífica Quinta Carolina, propiedad de un millonario que aquí reside y situada á seis ó siete kilómetros de Chihuahua.

\* \* \*

Bellísimas mujeres, altas, blancas, de líneas puras, altivas, vestidas elegantemente, sin la femenina gracia de nuestras anemiquillas mexicanitas, sin el encanto sensual de las tapatías y las costeñas; pero irreprochables para talleres de estatuarias. En esta tierra, fracasaría cualquier comerciante en colorettes y menjurges para pintar pieles femeninas; pero se haría millonario cualquier modisto parisiense.

\* \* \*

Algunas tardes, á la hora en que el sol al ocultarse llena de reflejos rojos, como hierro candente, el cielo y la ciudad, veo vagar por las calles algunos indios tarahumaras, casi desnudos, mostrando las formas purísimas de sus carnes bronceadas.

\* \* \*

El último domingo que aquí paso, tócame almorzar en el refectorio de un colegio clerical; mesa disimbola formada por tres clérigos, un misionero tarahumara, un matrimonio de clerófobos y un francés vendedor de vinos exquisitos; pues en esta ciudad, los sobrios beben delicioso Chateau-Iquem y los no temperantes, coñac y Champaña, como la que beben los próceres en México.

Por la noche, invitado á comer en compañía de un artista y de una dama francesa, ¡qué deleite! escuchar en la sonora lengua de mi padre, relatos de Rouen y de París, ciudad idealizada por nosotros,

los que de Francia llevamos la cultura intelectual y el entusiasmo por lo bello.

\*\*\*

Un adios á esta tierra, á la media noche, bajo espléndido cielo cubierto de astros; á esta tierra en la que viven y nacen los hombres más hospitalarios y galantes de la República, y en la que pasé veinte días de mi existencia inquieta.

ALBERTO LEDUC.



DE RAMOS MARTINEZ.

## NOTAS LITERARIAS Y ARTISTICAS.

—El popular é ingenioso escritor limeño, D. Ricardo Palma, ha publicado, á guisa de prólogo en una obra que ha dado á luz últimamente, un artículo que á raíz de aparecer la primera edición de esa obra, escribió nuestro compañero de redacción el poeta Rubén M. Campos.

—En preciosa edición acaba de publicar Enrique Fernández Granados (Fernán Grana) una traducción de los madrigales del poeta italiano Pasquale Papa. Conocidas son la discreción y la elegancia de Fernán Grana, que en esta vez, como en anteriores, ha hecho gala de su sentimiento y de su delicadeza nada vulgar.

Anuncia el mismo poeta la muy próxima publicación de una oda «Ave Minerva,» de sus «Sonetos» y de sus «Dóricas.»

\*\*\*<sup>1</sup> El conocido y talentoso novelador Federico Gamboa, *chargé d'affaires* de México en Guatema-

la, corrige las últimas pruebas de su novela «Metamorfosis,» cuya publicación, anunciada hace tiempo, podremos saborear muy pronto.

\*\*\* Ha llegado á esta redacción el folleto que el notable crítico modernista José Enrique Rodó ha publicado en Montevideo, con el título «Rubén Darío—su personalidad literaria—su última obra.» A reserva de ocuparnos detenidamente del trascendental folleto, diremos en síntesis que ese brillante juicio es el que merece el magno poeta. Al fin del libro hay una nota que dice: «Prontas para ser dadas á la publicidad estas páginas, mis amigos de Buenos Aires, y entre ellos los que han formado el círculo íntimo de Rubén Darío, me sugirieron el pensamiento de terminar el estudio de la personalidad del poeta, con el análisis de *Los Raros* y de *Azul*. Téngase, pues, lo leído como la primera partida de un estudio más amplio, que acaso ha de completarse en breve.»

Obra acertadamente Rodó al ampliar sus juicios sobre Darío, cuyo carácter múltiple y fecundo permite un vasto análisis que de ninguna manera resultará prolijo.

—Feliciano Rops, el insigne agua-fortista, sucesor de Rembrandt y de Goya, el ilustre autor de «Las Satánicas,» fué, como Delacroix, un cabal literato. Un diario parisiense publica, bajo el título de «Rops escritor,» un sugestivo artículo, del cual extractamos lo siguiente para provecho y regocijo de los efebos fósiles y antimodernistas actuales:

«En arte tengo el odio de todas las popularidades y de todas las democratizaciones. En oposición á los que creen que se trabaja en la salvación social haciendo un croquis ó un soneto, yo creo que el arte debe continuar siendo un *druidismo* ó se perderá.

Los que encuentran de golpe la admiración de todas las pupilas, hacen necesariamente un arte vulgar como el estribillo de ópera que se tararea al salir de una noche de estreno.

Las multitudes ven los buenos cuadros, pero no los contemplan.

Tengo un perro que se detiene ante las catedrales; pero que no es experto en arquitectura, pues hace lo mismo delante de los cuarteles.

En todo tiempo los tontos y los ignorantes se han llamado legión; eso es trivial.

Los delicados pintan, graban, dibujan ó esculpen para ciento cincuenta personas que suman doscientos ojos, quitando los miopes. Y sería preciso que cada artista no consintiera en exponer sino después de un severo juicio de sí mismo, y que no sometiera al examen de sus iguales sino una obra que fuera personal y de una fórmula nueva.

Pues toda fórmula nueva, *aun inferior á las antiguas*, les es preferible como una casaca, mal cortada tal vez, vale más que un harapo dorado, soberbio, usado y agujereado por dos generaciones de reyes....»

¿Qué opinarán de esas ideas el faraón Salado Alvarez, el tetrarca Machoire, el arconte Perruque y los demás mónicos del hipogeo clásico?....

J. J. T.

<sup>1</sup> Las obras marcadas con asteriscos \*\*\* tendrán en su oportunidad un juicio especial en nuestras columnas.